

TRES ENFOQUES SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA

Edición Extraordinaria en Conmemoración del
Bicentenario de la Revolución Francesa
1789 - 1989



UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

TRES ENFOQUES SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA:

**Figuras del pasado
Ocho figuras de la Revolución
Revolución Francesa y Abolición de la Esclavitud:
Su proyección en el Reino de Guatemala.**

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

INDICE GENERAL

	Página
PRESENTACION	1
FIGURAS DEL PASADO del Dr. Emillo Polteví	3
OCHO FIGURAS DE LA REVOLUCION del Lic. David Vela S.	31
REVOLUCION FRANCESA Y ABOLICION DE LA ESCLAVITUD: del Lic. Horacio Cabezas	49

PRESENTACION

El primer número de la serie "Cuadernos de Investigación", correspondiente al año 1989, tiene un carácter extraordinario y está dedicado a los doscientos años de la Revolución Francesa. La Universidad de San Carlos de Guatemala, a través de la Dirección General de Investigación -DIGI- aporta así su concurso a la Comisión Guatemalteca del Bicentenario de la Revolución Francesa y de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, para rememorar dicha gesta y su legado.

Con la Revolución Francesa, se inicia un nuevo período en la historia de la civilización occidental moderna. Los principios, las instituciones y las consecuencias que a nivel social, ideológico y cultural se desencadenaron con ocasión de la Revolución, desbordaron ampliamente las fronteras de Europa, para conmover el pensamiento de la humanidad e inspirar, con su universalismo y racionalidad, la mayoría de los movimientos sociales de la época. La Revolución que se inicia en 1789, fue precedida por una serie de transformaciones que presagiaban ya, la agonía del "antiguo régimen". En tal sentido, el estallido revolucionario francés no fue sino la culminación de un proceso más amplio que afectaba, desde hacía varias décadas, la sociedad europea en su conjunto. Si bien es cierto que la Revolución conoció un período de gestación, más allá de los célebres acontecimientos que la memoria histórica recuerda y conmemora con carácter simbólico, como la apertura solemne de los Estados Generales el 5 de mayo de 1789, o la toma de la Bastilla el 14 de julio del mismo año, también lo es que, luego del 18 Brumario, los grandes ideales revolucionarios siguieron siendo principios por los que miles de hombres continuaron luchando.

Varios autores nacionales, conocedores de los ideales de 1789 y de la cultura francesa, concurren en esta edición extraordinaria. El Cuaderno se inicia con las páginas que el Dr. Emilio Poitevin dedica a tres importantes figuras: Maximiliano Robespierre (1758-1794), el Conde Honorato Gabriel Riquetti de Mirabeau (1749-1791) y Jorge Danton (1759-1794). También se incluye un importante ensayo sobre Juan Jacobo Rousseau, con lo cual se completa un panorama sobre los ideólogos de la Revolución.

La segunda parte del Cuaderno corresponde a una colección de artículos del Lic. David Vela, publicados en el diario El Imparcial. En ellos, el autor realiza un breve análisis crítico de ocho personajes cotidianos que ofrecen una rica visión del contexto en el que se desarrollaron algunos hechos de la Revolución.

La tercera y última parte de esta publicación reproduce la investigación inédita del Lic. Horacio Cabezas, historiador egresado de la Universidad de San Carlos. Dicha investigación fue patrocinada por la Escuela de Ciencias de la Comunicación y constituye un ejemplo de la forma como los principios revolucionarios de 1789 se difundieron en el mundo e inspiraron procesos sociales allende las fronteras europeas. La interesante y bien documentada investigación del Lic. Cabezas, está dedicada al estudio de la esclavitud en el Reino de Guatemala, el proceso de emancipación y las luchas por la abolición de esta forma de sometimiento humano.

LA DIRECCION

Dr. Emilio Poitevin S.

FIGURAS DEL PASADO

CONTENIDO

	Página.
Juan Jacobo Rousseau, precursor de ideas humanísticas	7
La reivindicación de Maximiliano Robespierre	19
El gran tribuno de la Revolución: El Conde de Mirabeau	23
Danton	27

JUAN JACOBO ROUSSEAU, PRECURSOR DE IDEAS HUMANITARIAS

Si ha habido jamás un ser que encarne la terrible complejidad del ser humano y cuya influencia ha conmovido las sociedades hasta nuestros días, ese predestinado fué Juan Jacobo Rousseau, de quien vamos a tener el atrevimiento irreverente de ocuparnos sin más títulos que la fascinante idea de encontrar la faceta de ese diamante que reflejó lo más puro de su vida: su sentimiento humanitario.

Pero antes de hacer una breve síntesis de la vida de este hombre extraordinario, lancemos una mirada panorámica al medio que constituyó su ambiente, en el cual vivió, sufrió y murió, dejándonos en las páginas de sus obras una herencia intelectual que hasta la fecha el mundo de la crítica se esfuerza en descifrar; así el gran apasionado sembró la simiente de la pasión entre sus biógrafos y comentaristas, que a la vez se confunden en sus propias contradicciones, tratando de poner orden y comprender la tremenda complejidad de su recio intelecto, humano y demoníaco, encarnando el bien y el mal, pero siempre profundamente humano, por lo que sobrevive en tiempo y espacio y aún más, se afirman algunas de sus ideas ante la tragedia de la civilización que él siempre detestó.

Un ser tan exquisitamente dotado, no podía permanecer indiferente ante la agonía de un orden social, tal era el espectáculo que ofrecía el final del reinado del monarca absoluto que gobernó a Francia por cincuenta y cuatro años; Luis XIV encarnó el orden social del despotismo oriental implantado en una sociedad decadente.

La alianza teocrática y monárquica que sostiene al trono de Versalles, se perpetúa en el poder reduciendo a su mínima expresión las virtudes cívicas de un gran pueblo, subyugado por la omnipotencia del rey sol.

La tragedia del poder genera en los pueblos sometidos un ansia de liberación; aún en medio del esplendor de la corte, el espíritu agudo de un Saint Simon aunque cortesano, descarna las lacras de la vida de la corte y arranca el oropel del trono, no acusando al príncipe que se embriaga de poder, sino al sistema que corrompe el espíritu infiltrándole el veneno de la adulación, a la cual la masa del pueblo francés es reacia, pues ama la libertad. La tierra fecunda de Francia, rica en dones y floreciente de vida espiritual, gime bajo la opresión que engendra miseria y descontento, con lo cual el pueblo francés pagaba la grandeza del régimen y la gloria del rey.

Sumisión absoluta al trono. Estos períodos de la historia política de Francia, encarnan la evolución incontenible del pueblo, que socialmente no puede permanecer estático y salta de la opresión hacia la libertad.

En una mañana de Septiembre de 1717, Luis XIV después de haber estado en el trono 54 años, agoniza en medio de sus cortesanos, pagando también él con creces el crimen de la senectud, vivió demasiado y sólo tuvo en su agonía el triste recuerdo de sus grandes tragedias familiares, el luto y pesares, la decepción de su miseria bajo la púrpura y el presentimiento de que su pueblo afrontaría "el diluvio".

Mientras en el trono de Francia ascendía un niño de cinco años, en una modesta casa de Ginebra cumplía tres años otro niño que más tarde en sus "Confesiones" escribiría: **Nací**

en Ginebra el 28 de junio de 1812, mis padres fueron Isaac Rousseau "ciudadano" y Suzanne Bernard "ciudadana", una fortuna bastante mediocre reduce a casi nada la de mi padre, dividida entre quince hermanos; él no tenía para subsistir más que su oficio de relojero.

Descendiente de emigrados franceses instalados en Ginebra, su abuelo David también fué relojero y toda la familia adoptó el Calvinismo, su ascendencia, rigurosamente escudriñada por sus críticos, demuestra su origen parisino y su sangre francesa, su madre murió ocho días después.

Bella y extraordinariamente atrayente, Suzanne Bernard tuvo su círculo de admiradores, de ella hereda Juan Jacobo su gran sensibilidad, en cambio su padre es a todas luces un "inestable", amigo de la buena vida y de la diversión, gran bailarín y un poco trotamundos, lo que le hace llegar a Istambul y ser por algunos años relojero del Serrallo. Inconsciente de la formación moral e intelectual de su hijo, toda su vida eludió sus responsabilidades, no se preocupó gran cosa cuando su hijo mayor Francisco abandonó el hogar, sin que nunca más se supiera de su destino.

Lentamente, "el orfeo del mundo nuevo", el pequeño Juan Jacobo va descubriendo el mundo con su imaginación genial, en el hogar vacío de amor maternal, al que una tía materna trata de dar calor, el autodidacta empieza a los siete años a devorar los libros que caen en sus manos, Plutarco empieza a entrársele en el alma; llora cuando lee novelas sentimentales y soporta muy mal las disciplinas.

A los dieciséis años, Juan Jacobo deserta de su hogar y con una carta de recomendación se presenta ante Madame de Warens, mucho mayor que él; era hermosa, inteligente y cultivada; irreverente Juan Jacobo la llama "Maman" y de una admiración filial llega a ser su amante, viviendo bajo su techo y protección en les Charmettes, acaso el más feliz período de su vida, hasta que después de algunas fugas, se decide a ir a París.

A los veintinueve años, los salones literarios acogen al vagabundo de Ginebra, tímido, torpe en sus maneras, no mal parecido, de mirada ardiente y singular, lo que pronto descubren las mujeres que empiezan a interesarse por el aventurero; su bagaje intelectual era un trabajo "Disertación sobre la música moderna" y un sistema propio de anotación musical, todo lo cual fué rechazado por la Academia de Ciencias, el autor desesperado se sumió en la melancolía, esperando que sus escasos recursos llegaran a su fin.

Por influencias de damas de importancia, Juan Jacobo obtiene el puesto de Secretario en Venecia con M. de Montagu, puesto en el que permanece dieciocho meses, terminando por ser despedido por su amo después de una querrela.

Vuelve a París, por algunos años deambula por los salones y los cafés en donde conoce a los enciclopedistas D'Alambert, Grimm y Diderot, del que se vuela amigo íntimo.

En este período de su vida, dos hechos de importancia capital modelan su vida: triunfa en un concurso literario y conoce a Teresa Le Vasseur.

La Academia de Dijón propone en el Mercurio de Francia un tema literario "Si el restablecimiento de las artes y las ciencias ha contribuido a mejorar las costumbres". Es la ocasión que esperaba para mostrar al mundo el torrente de ideas que le ahogaban, como que toda su vida, su preparación literaria, su cultura toda, su sentimentalismo enfermizo, sus sufrimientos, sus frustraciones y sus anhelos se liberan; expresa por primera vez su genio demoledor contra la civilización y la cultura de todos los tiempos. En la primera parte escribe

"Nuestras almas se han corrompido a medida que la ciencia y el arte avanzan hacia su perfección" y se apoya en la historia de China, Egipto, Grecia, Roma; "El lujo, la disolución y la esclavitud, son el castigo que pagamos por haber salido de la feliz condición, de la "feliz ignorancia" que la sabiduría eterna nos había concedido". El hombre y nada más que el hombre, es el culpable de la tragedia de la civilización.

Para probar su tesis, crea la leyenda del "buen salvaje" viviendo en completa inocencia, en comunión total con la naturaleza, la gran maestra del hombre; las ciencias y las artes no han depurado al hombre, al contrario, vivimos en una sociedad viciada, llena de contradicciones. El hombre es naturalmente bueno, son nuestras instituciones solas y sus abusos, las que lo han hecho malo.

La Academia premia el trabajo y Juan Jacobo se vuelve un hombre célebre, encendiendo la chispa de una rebelión contra la sociedad, que más tarde recibirá la embestida de su "Contrato Social", en el terreno de la filosofía política; es adulado y se trata de igual a igual con los grandes filósofos, escritores y aún con la aristocracia.

Vuelve a Ginebra convertido en hombre célebre y recibe una ovación a pesar de que no era protestante, pues había sido convertido años antes por madame Warens.

De vuelta a París cuatro meses más tarde, encuentra que la Academia de Dijón había sacado a concurso otro tema: "Origen de la desigualdad entre los hombres y si se encuentra autorizada por la ley natural".

En el bosque de San Germán, Juan Jacobo medita sobre el tema como hecho a la medida para él y en 1755 publica su discurso sobre la desigualdad, dedicado a su ciudad natal, Ginebra; no obtuvo el premio, pero Juan Jacobo se convierte en el héroe de los desposeídos, los pobres, los humildes y en el terrible acusador de los ricos; lanza terribles acusaciones contra el lujo de los príncipes, la rapacidad insaciable del mundo de las finanzas, con una dialéctica incomparable, tiene frases lapidarias como esta: "Es necesario que haya polvo para nuestras pelucas; por lo que hay tantos pobres sin pan".

Empieza a manifestarse en Juan Jacobo el humanismo que predica y trata de hacerse virtuoso él mismo, pero antes de seguir su carrera de revolucionario, para completar el cuadro psicológico de su personalidad tan compleja, ocupémonos del otro gran evento en su vida.

De regreso a París, después de su viaje a Venecia, Rousseau se instala en su viejo Hotel Saint Quentin rue de Cordiers, es atendido por una joven sirvienta cortejada por los huéspedes, de quien él se vuelve protector y finalmente su amante. Teresa Le Vasseur, simple y modesta, era "assez jolie fille" con veintitres años, ha sido terriblemente criticada por los adversarios de Juan Jacobo, que le atribuyen todos los defectos; en realidad fué buena con él y bastante agradable para ser tratada por las grandes damas que visitan al filósofo.

Rousseau la toma por compañera y según algunos biógrafos, por enfermera, pues hace algunos años Juan Jacobo sufre de algunos padecimientos que su orgullo oculta, es la que le cierra los ojos cuando muere; sin embargo, a ella está ligado por una de las más terribles acusaciones que se han hecho a Juan Jacobo; el abandono de cinco hijos a quienes despiadadamente entregó a un hospicio.

Este acto criminal de Juan Jacobo, echaría por tierra todo su humanitarismo, si no fuera él el hombre de las contradicciones, el eterno misterioso que predicaba la moral y lanzaba anatemas contra la sociedad, se enternecía con los niños que decía amar y sacrificaba con

crueledad inconcebible a sus propios hijos.

Se ha intentado exonerar de tan terrible acusación, pero él mismo en sus famosas "Confesiones" se declara culpable de su crimen y sólo reprocha a sus enemigos que se aprovechen de él para acusarlo y perderlo.

En este hecho de su vida aparece la paradoja de Rousseau, el gran apóstol de la moral natural, cometiendo un crimen contra la naturaleza, negándose a cumplir el más sagrado deber. La negación de esta monstruosidad ha sido intentada por los que creen que Juan Jacobo, siendo él mismo el solo acusador de su crimen, pudo haber tenido motivos para confeccionar esa historia del abandono, por masoquismo sentimental y por orgullo, porque era en realidad un enfermo por ciertas anomalías congénitas mal estudiadas y secretas y no queriendo aparecer como "impotente", fingió toda esa terrible historia y se vió precisado a sostenerla.

Se hace muy duro en realidad creer que el hombre que predicaba la virtud, que se había hecho el gran campeón de la lactancia materna, que amaba a los niños, que predicaba la moral natural, había cometido semejante crimen. Además Teresa era una mujer sana, de sangre campesina, en la cual el instinto materno es muy acentuado, pudo haberse rebelado y no ser cómplice. Una protectora, Madame de Luxembourg, tuvo la idea de encontrar a los niños e inicia una investigación encomendada a su hombre de confianza M. Laroche, en los registros del hospicio no existen pruebas.

Lo que si es cierto, es que Juan Jacobo es un "enfermo", lo atestigua además de sus propias confesiones, las sondas que usaba para aliviarse y sus continuas molestias que en cierta ocasión le impidieron acudir nada menos que a una presentación con el rey.

Para reconciliar a Juan Jacobo humanitario con su propia acusación, por caridad hacia él, nos complacería pensar que lo del abandono fué una superchería creada por él mismo, enfermo sexual, masoquista, con un orgullo hipertrofiado; sus biógrafos todos ellos más o menos apasionados, unos lo hunden en la violencia de su acusación y otros son más indulgentes y aceptan la duda. Queremos ser de estos últimos por respeto a su memoria.

Viene después en su vida otro capítulo; el Hermitage, morada campestre en donde pasó dos años como huésped de Madame d'Epinau, se enredó en un romance sentimental con Madame Houdetot y peleó con Grimm y Diderot su primero gran amigo entre los filósofos políticos. En 1758 se establece en Montmorency en donde escribe su famosa carta a D'Alambert sobre los espectáculos, rompiendo completamente con Diderot y de paso ofendiendo a Voltaire quien no le perdona e irritado le trata de: loco y archiloco, pícaro, fanático, charlatán, bastardo del perro de Diógenes y la perra de Eróstrato. De la pluma fina, irónica y elegante de Voltaire, esos insultos demuestran la pasión y el odio que existió entre los dos grandes hombres, su rivalidad era Ginebra, en donde Voltaire según Rousseau lo suplantaba; en realidad ambos se detestaban; Voltaire rico, elegante, adulado de príncipes, no toleraba sombras que pudieran opacar su gloria, había entre ellos un abismo. El Señor de Ferney representaba al espíritu clásico en su más alta expresión; Rousseau era el revolucionario demoleedor del antiguo orden, Voltaire es el fin de una época; Rousseau el principio de otra.

En Montmorency, en donde pasa cuatro años, Rousseau escribe "La Nueva Heloisa", "El Contrato Social" y "Emilio"; cada una de estas tres obras maestras despierta una tremenda conmoción; "La Nueva Heloisa" elogiada por algunos hasta el hipérbole, el sentimentalismo muy de Juan Jacobo, hacía llorar a las neuróticas e histéricas, provocaba en los hombres

arrebatos de alabanzas o de críticas, es intensamente pasional y completamente diferente de las otras; parecería que Juan Jacobo se había desdoblado, otra de las características psicológicas de su poderosa personalidad. El Contrato Social, ese libro breve y genial que ha sacudido a dos siglos y que aún se debate, nos muestra a Rousseau como el hombre de la paradoja y la contradicción, pero que a pesar de todo inscribe frases lapidarias y demoledoras contra el régimen al que despedaza con su filosofía política.

Es en El Contrato Social en donde vamos a encontrar al Rousseau humanitario, acusador terrible del despotismo, de la tiranía, de las guerras y otros males sociales; sus golpes son de ariete contra los muros de la monarquía, es la revolución en marcha que arrebatará el poder absoluto del rey; es su palabra la que va a volverse gritos en las masas furiosas y su aliento el huracán demoledor.

Lanzó la frase famosa "Un hombre que piensa es un animal depravado" y ante la corte refinada de Luis XV se deleitó relatando su leyenda del Buen Salvaje, el hombre bueno y feliz a quien la civilización deprava; puso en duda el progreso de la moral por el arte y la ciencia; expuso lo vergonzoso de la situación política de los pueblos europeos, sosteniendo que sólo un gobierno nacido de la voluntad popular es digno de ser obedecido; sostuvo el derecho del pueblo a la rebelión y que sólo el advenimiento de nuevas teorías sociales, daría a los pueblos la verdadera democracia.

Todo un tratado de filosofía política, a veces contradictoria, emana de su Contrato que en el capítulo primero empieza con estas palabras "El hombre ha nacido libre y sin embargo vive en todas partes encadenado" y esta otra frase célebre:

"El más fuerte no lo es siempre para ser amo y señor, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber".

En el capítulo cuarto, Rousseau la emprende en contra de Grotius, dedicado a la esclavitud y es aquí en donde aparece el campeón de ideas humanitarias defendiendo lo que él proclama derechos del hombre a su libertad y a su vida; este capítulo es un "Yo acuso terrible en contra el despotismo y la guerra", en plena monarquía Rousseau habla de déspotas y dice: Un rey lejos de proporcionar la subsistencia a sus súbditos, saca de ellos la suya propia y según Rabelais, un rey no vive con poco. "Los súbditos ceden también sus personas a condición de que les quiten también su bienestar". No se que les queda por conservar. Renunciar a la libertad es renunciar a la condición de hombre, a los derechos de la humanidad y aún a sus deberes. No hay resarcimiento alguno para quien renuncia a todo.

En filosofía política, los conceptos de Rousseau pesan mucho y es inmensa la bibliografía provocada por el breve libro y enorme influencia que persiste hasta nuestros días.

Aunque estaba dedicado a Ginebra, fué en Francia en donde ejerció su más importante repercusión. Rousseau es el Dios de la Revolución de 1789; Marat lee El Contrato y lo comenta en las calles del París revolucionario; Camilo Desmoulins se lo aprende de memoria, Robespierre lo considera su biblia.

Todos los excesos revolucionarios se escudan y se inspiran en El Contrato; Juan Jacobo mismo presintió los alcances que tuvieron sus frases revolucionarias cuando llegaron al corazón de las masas; sus páginas blancas se tornaron rojas porque en realidad fueron escritas con sangre por los terroristas de Septiembre.

Pero volvamos a nuestro Juan Jacobo, no el revolucionario, sino el humanitario, el defensor de los sagrados derechos del hombre.

En la polémica rebatiendo a Grotius sobre el Estado de Guerra y el pretendido derecho sobre la esclavitud, Rosseau disiente totalmente de él y de Hobbes el filósofo inglés; para Juan Jacobo el hombre nace bueno y no belicoso, el estado social es el que lo hace guerrear, el hombre primitivo busca la soledad y el aislamiento; no es pues el animal social de Aristóteles; sus necesidades lo obligan a asociarse. La guerra no es como afirma Grotius, un estado natural entre los hombres que son pacíficos por naturaleza. "En los Estados, la guerra no es una relación de hombre a hombre, sino de Estado a Estado, en la cual los individuos son enemigos "accidentalmente", ni siquiera como ciudadanos, sino como soldados, no como miembros de la patria, sino como sus defensores, por último, un Estado no puede tener por enemigo sino a otro Estado y no a hombres".

Aquí establece Rousseau plenamente una diferencia capital entre Estado y miembros del Estado y los ciudadanos particulares a los cuales la guerra y sus estragos les es completamente extraña y sin embargo, son ellos los que sufren las consecuencias.

Nos viene a la memoria un capítulo de la obra de Remarque "Sin Novedad en el Frente", cuando un campesino, soldado alemán, trata de entender por qué Francia y Alemania están en guerra y se pregunta, es acaso que una montaña o un río alemán han ofendido a una montaña o río francés y trata también de entender por qué tiene él que matar franceses que nunca le han ofendido y son tan campesinos y tan honrados como él.

El siguiente principio es aún más definido, dice: El extranjero, sea rey, individuo o pueblo, que roba, mata o retiene a los súbditos de una nación sin declarar la guerra al príncipe, no es un enemigo, es un bandido. Aún en plena guerra, un príncipe justo se apoderara en país enemigo de la propiedad pública, pero respetara la persona y bienes particulares, es decir, respetará la persona y los derechos. "Teniendo la guerra como fin la destrucción del Estado enemigo, hay derecho de matar a los defensores mientras están con las armas en la mano, pero tan pronto como las entregan y se rinden, dejan de ser enemigos e instrumentos del enemigo, recobran su condición de simples ciudadanos y el derecho a la vida".

¿No es ésto la expresion del más puro humanitarismo?. ¿No están enunciados bien claramente los principios humanitarios de la Cruz Roja que predicó Henri Dunant, pidiendo respeto para la vida del prisionero?.

Napoleón ante la tumba de Juan Jacobo en Ermenomville hizo esta reflexión: En el mundo sólo existen dos fuerzas; la espada y el espíritu, pero al final la espada será vencida. En labios del gran guerrero, esta sentencia tiene una resonancia consoladora.

Juan Jacobo nos ha mostrado en esta faceta de su vida su sentimiento humanitario, detesta la guerra y defiende la libertad y la vida humana como supremos dones otorgados por Dios Creador a todo hombre y aunque la crítica más enconada, ha dicho que El Contrato Social es el peor de los libros de Rousseau, nadie ha podido negar su enorme influencia, en lo político ni en lo social, porque sentó las bases de una revolución perenne del hombre contra los despotismos.

De los cinco libros en que dividió al Emilio, los cuatro primeros están dedicados a la educación del hombre o sea su discípulo imaginario "Emilio", de acuerdo con su sistema natural; es también una revolución en la educación, combate los prejuicios de la época; se

transforma en un higienista y preconiza la lactancia materna "Si no hay madre, no hay hijo" dice y aboga por la unión natural del hogar constituido en familia, en la cual son los sentimientos naturales los que deben prevalecer; divide la educación en etapas, asignándole en cada una de ellas los deberes de los padres.

En "Emilio" encontramos lo que algunos de sus críticos consideran una de sus mejores obras "La profesión de fé del vicario saboyano, que con la carta escrita anteriormente a Cristóbal de Beaumont constituyen la más bella expresión del "Deísmo" de Rousseau; con expresiones de una fé sincera que nunca le abandonó, dice que todo el que es humano y misericordioso cree lo bastante para salvarse e imagina un congreso de hombres sensatos, cristianos, judíos, turcos, pero sin teólogos, que diese fin a todas las querellas y conviniese en una religión universal con tres artículos de fé: Los hombres son hermanos y deben amarse como tales. Tienen un padre común creador del cielo y de la tierra. Reconoce el alma inmortal y luego aparece el Rousseau revolucionario "No hace falta de intermediarios entre Dios y los hombres". El Dios de Juan Jacobo, intensamente humano, justo, paternal y misericordioso, es diferente del Dios de Voltaire.

Aún Lemaître a veces tan cruel en sus juicios de Juan Jacobo, a quien considera un maniático y finalmente un loco, no deja de enternecerse ante "La profesión de fé del Vicario Saboyano"; a partir de esta obra, no nos queda sino compadecer a Juan Jacobo, algunas veces admirarlo, porque su alma se purifica a medida que sus males y su "locura" aumentan.

Aunque no tan revolucionario como El Contrato Social, el "Emilio" es el libro que desencadena la famosa persecución que había de durar tres años, porque invade un campo de gran controversia: la revelación y los milagros en los cuales se muestra escéptico, pero afirma su fé en sentencias como estas; Si la vida y la muerte de Sócrates, son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son la de un Dios. Creo que todas las religiones son buenas cuando se sirve convenientemente a Dios. "El culto esencial es el culto del corazón".

Y afirma Lemaître: Esta profesión de fé del Vicario es el más hermoso credo del espiritualismo que haya sido escrito, la fé de Juan Jacobo es simple e intensamente humana, es sin duda la fuente de su humanitarismo y no vacila en afirmar que es preferible el fanatismo a la irreligión, lamentando en la Nueva Heloisa que el buenísimo de Wolton se crea ateo. Este espiritualismo emocionado de Rousseau, se reconocerá fácilmente en la literatura romántica sobre la que tuvo tanta influencia, contribuyó enormemente a desarrollar el "yo sentimental" de la misma, representada por Chateaubriand, Lamartine, Musset, Víctor Hugo, Michelet y tantos otros. Los antepasados pueden haber sido Platón, Bossuet, Descartes, Fenelón y también los grandes actores de la revolución, que con un espiritualismo nada cristiano, querían imponer la virtud aunque fuera cortando miles de cabezas.

Juan Jacobo ofendió a católicos y protestantes con su Deísmo natural y todos sus enemigos se confabularon para perderlo, Madame de Pompadour, el Ministro Choiseul, Cristhophes de Beaumont Arzobispo de París y el Parlamento que lo condenó a la hoguera; a pesar de atacar tan vivamente a la aristocracia, es curioso que en tales trances son sus amigos aristócratas como el Señor de Luxemburgo, Madame de la Tours, el Lord Mariscal, etc., los que lo ayudan y lo protegen; en Ginebra su ciudad natal, su libro es también quemado y la persecución es aún más intensa que en Francia, por lo que se refugia en Moitiers, del Condado de Neutchatel, donde escribe las famosas "Cartas de la Montaña", para replicar a todos sus enemigos, especialmente a Trochin que había escrito contra él las "Cartas escritas

desde el campo". Es una obra maestra de polémica, pero como era natural, redoblan el furor de sus enemigos y son quemadas públicamente en Berna, París, La Haya y Neuchâtel; por esa época, muere su gran protector el Mariscal de Luxembourg y su querida "Maman" Madame Warens; sus males físicos aumentan con la edad, la "retención" de la cual padecía, para nosotros su viejo padecimiento prostático, lo atormenta, hace venir al Médico Cosme que lo sondea, tiene fiebre y "Deperit tout doucement", como él dice. En realidad tiene una infección urinaria, ha tenido cólicos nefríticos y es decidadamente un enfermo crónico hasta el final de sus días.

No cabe duda que sus padecimientos físicos repercuten tremendamente sobre su sensibilidad; sólo Teresa es la única que conoce su vida atormentada por sus males, que él trata de ocultar a todo el mundo.

Es por este tiempo que empieza a escribir sus "Confesiones", que son la obra escrita en sus seis años nómadas, escribió los cinco primeros libros en Wootton (Inglaterra), a donde se había retirado cuando huyó de Moitiers al ser apedreada su casa, a instancias de un amigo quien le ofreció refugio: Lord Humme.

Las confesiones, en las cuales Juan Jacobo relata la historia de su vida, son como su autor, el libro más controversial que haya sido escrito jamás. El mismo al comenzarlas a escribir dice: Me dedicaré a una empresa que no ha tenido jamás ejemplo y cuya ejecución no tendrá nunca imitadores y parece tener razón pues ni Montaigne en sus ensayos, ni San Agustín, ni las memorias de ultra tumba de Chateaubriens, ni en la historia de mi vida de Renán, ni en ninguna otra moderna autobiografía existe algo parecido; fueron publicadas hasta después de su muerte y son todavía objeto de tenaz controversia entre los que ven en ellas un relato cínico, obscuro, lleno de mentiras y de exageraciones y los que las consideran sinceras, verídicas y honestas. El arrepentimiento de sus crímenes dicen los detractores. El grito de una conciencia honrada que se justifica, dicen los que las consideran como el grito de rebelión de un hombre en el fondo honrado. Son seis libros que hacen desfilar su vida atormentada con relatos a veces ridículos de un sentimentalismo enfermizo, a veces también impudicos y crudos. Rousseau se desnuda y afirma que siempre ha sido bueno y humano, que sus crímenes y maldades son causados por su rebelión ante una sociedad que lo acosa, sociedad falsa, hipócrita, entre la cual el hombre "natural" sin más sujeción que a "la naturaleza", sufre la opresión, de los prejuicios y las maldades de esa sociedad corrompida, pero guardando él intacto su corazón y su fé en la bondad del hombre primitivo, tal como salió de las manos del creador a quien venera.

Rousseau es indudablemente un inadaptado social como decimos hoy y un enfermo crónico, en el cual la enfermedad exacerbó un sentimentalismo exquisito apenas dominado por una mente genial; pesándole ya los años se abandona a esos recuerdos y él mismo se ve actuar en un mundo hostil, que no le comprende y al que él desprecia aún en su apariencia exterior (lo que lo hizo vestirse de Armenio y descuidar su persona). Hay que buscar en sus obras la verdadera alma de Juan Jacobo, tan esquiva y tan contradictoria, nutrida de paradojas, ascendiendo a veces hasta alturas sublimes de sentimentalismo poético, de buen sentido y espiritualidad y descendiendo también no pocas veces a simas de depravación o como también decimos actualmente, anestesia moral.

Es poeta lírico, humanista, legislador, moralista, crítico terrible y en ocasiones tierno, simple y sencillo, hasta parecer pueril. Sus arranques de elocuencia, sus frases lapidarias en

las que escarnece a la sociedad, mostrándole sus llagas, son famosas; sus éxtasis místicos ante la presencia de su Dios grande, creador, bueno y misericordioso, muestran su alma de hombre atormentado ante la presencia de Dios, el único ante el cual él desnuda su alma, afirma que ha sido bueno y sublime, perdonándose él mismo, al darse enternecedora absolución exclama en una orgullosa invocación al Ser eterno "Reune en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes, que cada quien descubre a su vez su corazón al pie de tu trono y luego que uno solo te diga, si se atreve, "yo fuí mejor que ese hombre".

Delirio, sin duda alguna, delirio de un místico atormentado.

Locura, exclaman sus críticos; Juan Jacobo en los últimos años de su vida descubrió su verdadera psicología, fué un loco fascinante y visionario, poseído por la locura del genio.

Después de su vida vagabunda, acosado más que todo por su manía de persecución, su desconfianza de los hombres, Juan Jacobo, a fines de Junio de 1770 vuelve a París, a un cuarto piso de la calle Platriere que hoy lleva su nombre; es un Rousseau que llegando al final de su vida encuentra la serenidad y un sosiego que hasta sus críticos le reconocen, es un hombre respetable y respetado que gana su vida como copista de música, que es frecuentado por amigos de calidad y fervientes admiradores a los que él evita; lee sus Confesiones ante un auditorio selecto, pero tiene que suspender las lecturas pues la policía se lo prohíbe; la conspiración contra él persiste y todo cuanto hace y dice es tomado muy en cuenta; vuelve a su vieja pasión por la naturaleza, herboriza y sólo encuentra felicidad en sus largos paseos por el campo, a los que siempre fué muy adicto; escribe sus Diálogos que dedica a Dios corre a depositarlos al pie del altar de Notre Dame; es una obra curiosa en la cual Rousseau defiende a Juan Jacobo; es la última lucha que sostiene y finalmente termina por resignarse, escribiendo en los dos últimos años, lo que según sus terribles críticos es "Le plus beau, le plus original, le plus inmortellement jeune de ses livres"; son impresiones, recuerdos, en donde analiza y fija principios de religión y de moral, contiene soliloquios bellísimos que revelan su estado de ánimo. Estos "Ensueños de un paseante solitario" son como su reconciliación consigo mismo, diez en paseos, el solitario Juan Jacobo crea para él mismo el romanticismo en literatura y lo consagra en plena comunión con la naturaleza.

En el año de 1777, su salud declina rápidamente, sus viejos males recrudecen y nuevos le acometen sin cesar; abandona sus bellas colecciones de herborista y sus paseos solitarios, pero un ansia nueva le agita, quiere volver al campo, París le ahoga; el Marqués de Girardín lo lleva a Ermenonville cerca de su amada campiña; se instala en un pabellón cercano al Castillo y allí el 2 de julio de 1778 muere de una hemorragia cerebral, en los brazos de Teresa que le oyó caer y lanzar gemidos. El Marqués le entierra en el parque en donde años más tarde Napoleón en el apogeo de su gloria guerrera se descubre emocionado murmurando: "Quien sabe si para bien del mundo ninguno de nosotros debería haber nacido".

La tumba de Juan Jacobo se convierte pronto en un lugar de peregrinación; en 1791, Robespierre obtiene un Decreto de la Asamblea ordenando el traslado de sus restos al panteón, en donde por algún tiempo reposaron al lado de los restos de Voltaire su gran rival. Unos fanáticos en los desórdenes de 1814, profanaron la tumba y arrojan a un muladar los restos de los dos grandes hombres, pero ambos viven en sus obras, Juan Jacobo en la posteridad más que Voltaire, porque su influencia es hacia el porvenir del mundo revolucionario de las ideas.

Ningún escritor político, ningún filósofo ni moralista, ha tenido la influencia que tuvo

Rousseau hasta nuestros días; el hombre que fué combatido, que lo es aún violentamente, tuvo una influencia tremenda y trascendente en las conmoviciones sociales de su época y aún de la nuestra, influencia de un predestinado, misteriosa, extraña y continúa a través de tiempo y espacio, no sólo en Francia, porque aunque nació en Ginebra, Rousseau es gloria del pensamiento francés, sino en el extranjero; Goethe, Schiller, Byron, Kant, Fichte y otros más; León Tolstoi, ese otro coloso revolucionario es su gran admirador. En una época del poder monárquico casi absoluta, sus frases fueron demoledoras, sus obras arrasaron como un torrente incontenible los privilegios de la aristocracia, descubriendo la pobreza y la miseria del pueblo.

Naturalmente, es sin duda el de más influencia de los padres políticos de la gran revolución; todos los actores de la gran tragedia se inspiran en él. Madame Roland es llamada justamente la hija de Juan Jacobo y los soldados de la República lo veneran como a un Dios; toda la demagogia revolucionaria está basada en sus escritos.

Los filósofos políticos alemanes encuentran en él al gran revolucionario, lo mismo que en Inglaterra, numerosos admiradores.

En literatura, Juan Jacobo es el padre del Romanticismo, la época bella de la literatura sentimental del "yo" que se confiesa.

Pocos grandes hombres han sido tan vilipendiados, a Juan Jacobo se le ha negado todo, desde su nacionalidad, hasta las más elementales dotes de hombría, casi no hay adjetivo denigrante que no le haya sido aplicado, desde loco hasta asesino, ninguno como él para despertar pasiones, pero en el campo de las ideas puras, aún sus más encarnizados adversarios se inclinan ante la fuerza de su pensamiento, la osadía con que lo expuso y la fuerza que el tiempo ha dado a muchos de sus postulados revolucionarios.

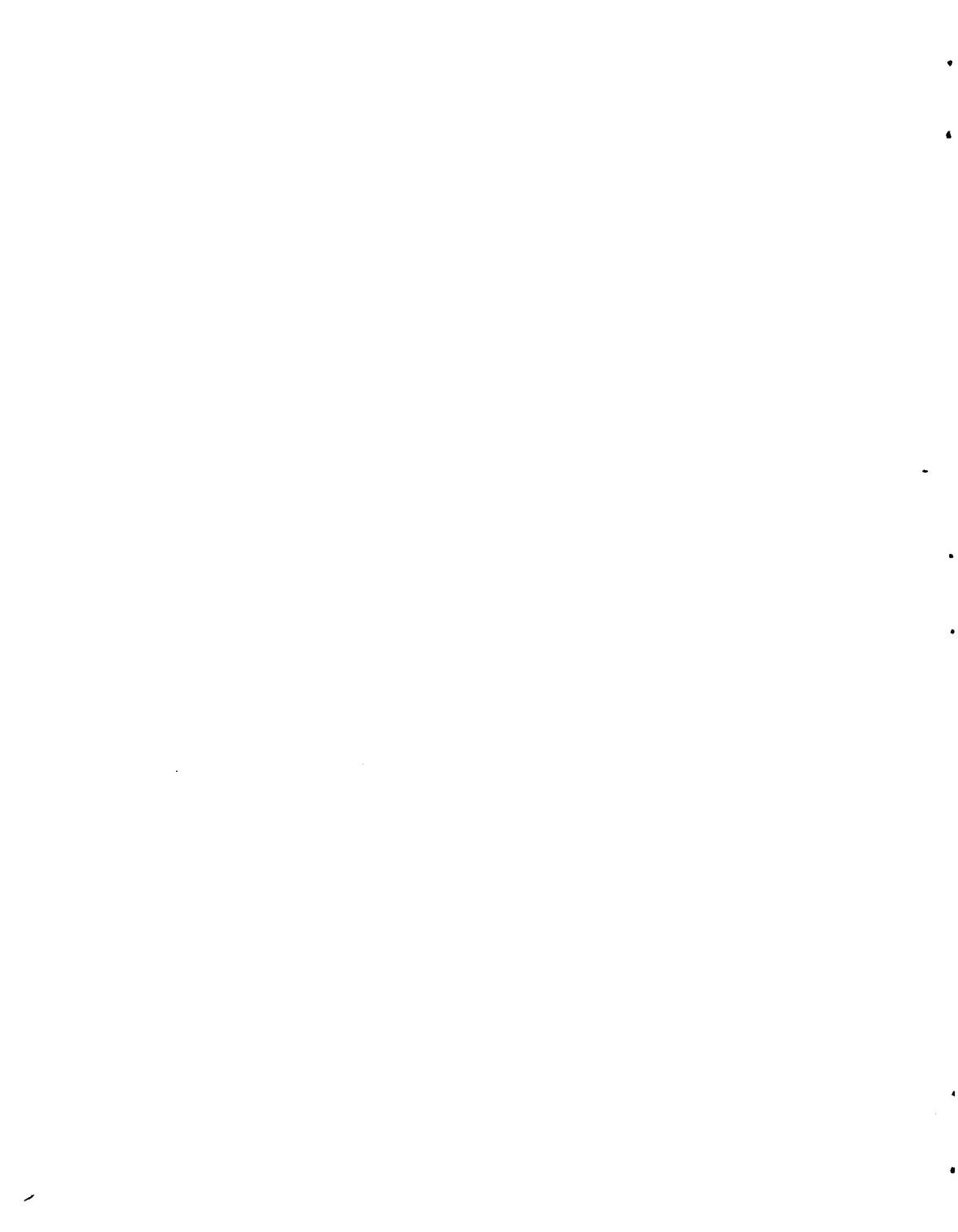
Juan Jacobo vivió en una época corrompida, las negras nubes de la tormenta revolucionaria estaban ya acumulándose en el horizonte, presintió el drama revolucionario; su rebeldía encarnó la del pueblo francés que ansiaba un cambio radical; su apego a la naturaleza, su respeto a la justicia, su concepto del hombre bueno en el estado natural, le hicieron humanitario y gran defensor de la libertad, como don inalienable y de la vida que debemos al Creador.

No participamos de su concepto de bondad en el hombre primitivo, ni de tanta maldad en las sociedades, creemos que el hombre nació tal como es, con el terrible complejo de malo y de bueno, de ángel y de satanás y que las sociedades por él organizadas tendrán que ser siempre imperfectas como sus sistemas políticos, pero tememos que el cerebro humano, lo más maravilloso de la creación haya ya descubierto los medios de aniquilar su propia obra, la civilización, en cuyo caso, añoramos al filósofo que amó a Dios y a la naturaleza y detestó el progreso de las ciencias que han dado al hombre la facultad de destruir al mundo.

La historia pobremente esbozada de Juan Jacobo Rousseau, es un homenaje al genio; hemos tratado de ver la luz del universo reflejada en una pocas facetas del gran diamante que fué su vida; infortunada como vida simplemente humana, pero precisamente fué el dolor de ella, lo que lo hizo grande; un Juan Jacobo perfectamente feliz y satisfecho es inconcebible; todo lo que de él sabemos es la letanía del dolor, la expresión de su gran inconformidad, los gritos de un alma hipersensible, sus faltas, sus enormes defectos como su *vanidad* y su orgullo; la imposibilidad de enmarcarlo en un juicio perfecto y concluyente hacen *todavía* de él un enigma y un misterio. Puede amársele u odiársele, según la faceta que *refleja el destello*

de su genio; comprendérsele algunas veces y permanecer perplejo y confundido otras; su genio es diabólico, su espíritu angelical, es el padre intelectual de la revolución francesa y un gran precursor de ideas humanitarias; su efigie en Ginebra recibió el homenaje de la Cruz Roja, la más grande institución altruista y humanitaria; porque siempre defendió el principio sagrado de la vida humana y sus derechos inalienables, tal es la paradoja del hombre que encarna mucho de la humanidad eterna en sus vicios y sus virtudes y por eso diremos para concluir que Juan Jacobo Rousseau, como pocos grandes hombres, revela el eterno misterio de la vida y su destino, repitiendo con Baudelaire

Homme, nul n'a sondé le fond de tes abîmes
Tant vous êtes jaloux de garder vos secrets!
Et cependant, voilà des siècles innombrables
Que vous combattez sans pitié ni remord,
Tellement vous aimez le carnage et la mort.
O lutteurs éternels: osfrères implacables!



LA REIVINDICACION DE MAXIMILIANO ROBESPIERRE

Entre los grandes revolucionarios del 79, ninguno ha sido más controvertido que el célebre Abogado de Arrás; su personalidad ha sobrevivido a siglos de ignominia; la reacción aristocrática y la de la alta burguesía rica que la sustituyó se ensañaron contra ella, la historia desde Michelet hasta nuestros días, no ha sido imparcial, la controversia continua, pero a pesar de todo, los modernos estudios históricos van lentamente haciendo emerger una opinión más justa y menos cruel sobre la personalidad del gran revolucionario, la bruma formada por las pasiones se ha ido disipando y el tiempo que todo lo depura nos envuelve una figura depurada, menos cruel y vengativa que la casi consagrada por la reacción contra-revolucionaria.

La Sociedad de estudios Robespierristas, fue fundada por Mathiez a principios de siglo, despertó el entusiasmo de los reivindicadores que hoy son legión, la crítica serena e imparcial estudió la correspondencia del Tribuno, se han igualmente estudiado sus discursos famosos en los debates parlamentarios de la Convención y la Asamblea de los Jacobinos, se ha especialmente escudriñado su vida privada, se ha analizado el fundamento histórico de sus grandes denigrantes, los furiosos que lo calificaron como el más cruel "corta cabezas" y fanático proveedor de la guillotina; han sido investigadas sus actuaciones en las grandes jornadas históricas de la Revolución como el 10 de octubre y sobre todo durante el Terror.

El ciudadano que tuvo el valor de conservar íntegro su criterio revolucionario durante las crisis más severas del año terrible, el 93, a quien aún sus grandes adversarios como Dantón y Marat le concedieron las más grandes virtudes cívicas, como su gran sinceridad, su amor indiscutible a las clases desheredadas, su elocuencia de la pureza de sus convicciones políticas; fue ciertamente el alma y el símbolo de la revolución.

Como parlamentario, ninguno otro tuvo mas influencia en las grandes jornadas que decidieron la suerte de la Revolución, sin ser demagogo, llegó muy hondo al corazón del pueblo por su lógica implacable y su dialéctica arrebatadora, defendió con valor sus convicciones, fué invencible en la tribuna por su ardor en enrostrar a sus contrincantes sus vicios y su hipocresía, su fervor lo arrastraba a la temeridad aunque sabía muy bien que cada día se jugaba la cabeza.

Fué sin duda alguna un gran hombre de Estado, con una visión política tal, que sus discursos aún hoy tienen actualidad, no fué un teórico ni un oportunista, fué un político realista y valeroso, conocía a su pueblo y quienes lo explotaban, los vicios y la corrupción del Estado Monarquico fueron el blanco de su indignación; talvéz creyó demasiado en las virtudes humanas y si fue idealista lo fue porque creyó en ellas, en el pensamiento político de Juan Jacobo Rousseau y los enciclopedistas y talvéz porque no aceptaba la inmensa maldad humana y la estupidez social de sus adversarios; siempre fue un convencido y acaso en eso si fué un fanático, de los grandes postulados: la Libertad, Igualdad y Fraternidad y de los derechos del hombre y del ciudadano.

Siempre creyó que solo con libertad puede el pensamiento humano expresarse en su totalidad y el hombre inteligente vivir sin temor, porque el pensar no es un crimen; sintió el ideal revolucionario y lo expresó sin temor porque para él, esa conmoción social en proceso

constante en todas las sociedades no era una actividad que llena de pavor a los mediocres y sirve de bandera a la ambición.

Como un ejemplo de su verbo parlamentario, transcribimos párrafos de sus famosos discursos en la Asamblea:

"Está en la naturaleza humana que los hombres prefieran su interés personal al interés público, cuando pueden hacerlo impunemente, de ahí que el pueblo es oprimido cada vez que sus parlamentarios se alejan de él.

Si la nación no goza del progreso social, si intrigantes desplazan a otros intrigantes, si una tiranía legal sucede a otro despotismo; no busquéis la causa de todo esto sino en los privilegios que se han abrogado quienes se burlan del pueblo impunemente de los derechos de quienes han adulado en las elecciones".

Reconocéis a esos hombres a quienes habeis elegido como vuestros representantes?. Preocupados solo de ellos mismos y no de los intereses de la Patria; seducidos por la esperanza de prolongar la duración de su mandato; dividiendo su tiempo entre sus propios intereses y la cosa pública ?. - Y así veremos a los Representantes desinteresados en su misión convertidos en rivales los unos de los otros, dominados por los celos y la intriga, ocupados en suplantarse ante la opinión de sus conciudadanos".

Robespierre quisiera que los Diputados confundieran su interés personal con el interés público para que ellos mismos se volvieran pueblo de donde vienen y a quien van aplicadas las leyes que emiten, con la conciencia de que terminado su mandato volverán a ser ciudadanos corrientes. Su Democracia es la de Cincinato, volviendo al arado después de ejercer el poder. Está convencido de que solo se hace Democracia sintiéndose humilde y estrechamente vinculado con raíces profundas a la tierra de los más desamparados.

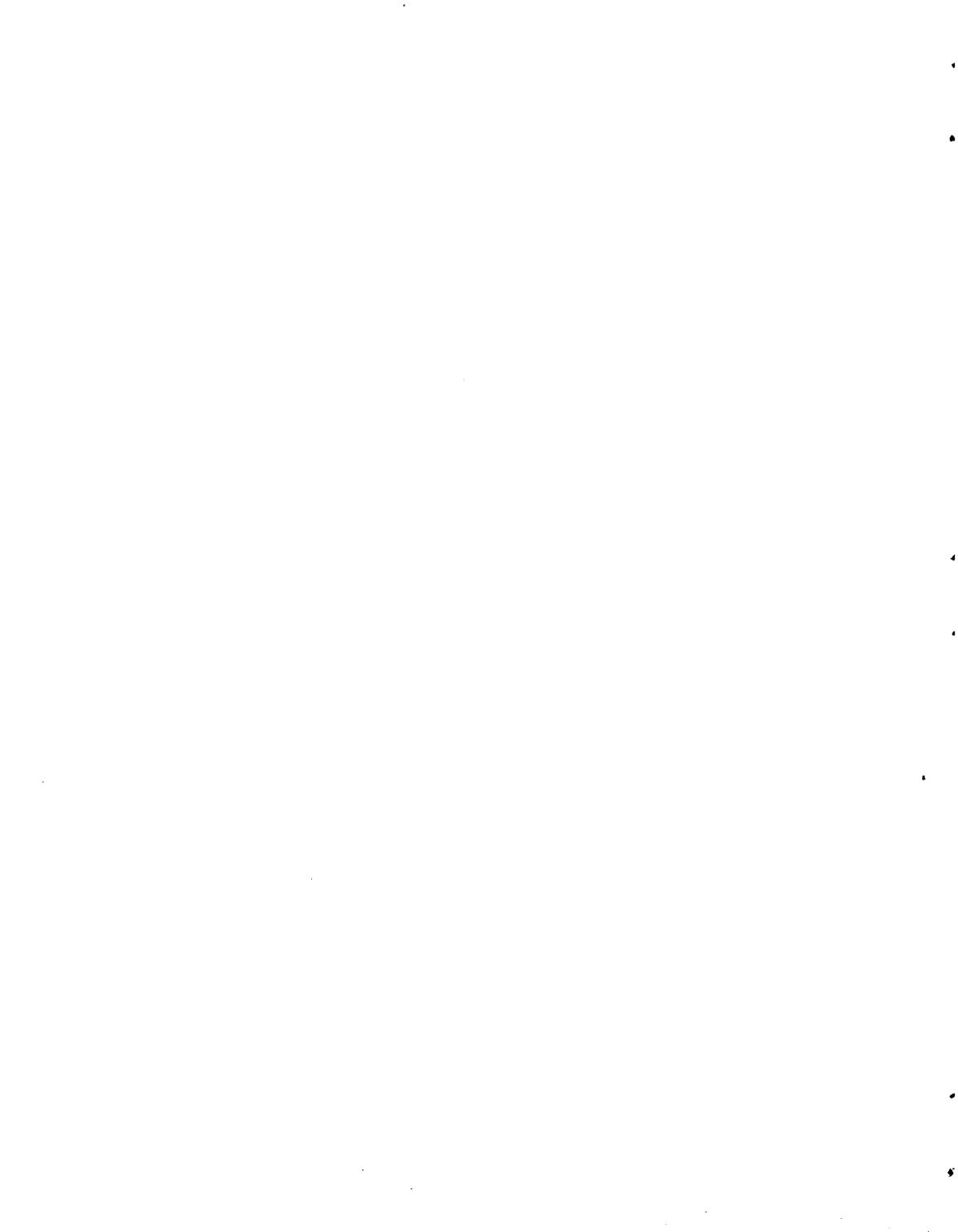
Quiere el orden público pero no se deja engañar por los que llaman anarquía al clamor por las reformas sociales y rebeldes a los que demandan justicia porque son inteligentes y se permiten pensar, así es como exclama indignado en la Convención: "Ellos, llaman orden a todo sistema que conviene a sus intereses y fines, decoran con el nombre de paz a la tranquilidad de los cadáveres y el silencio de las tumbas."

En política social, Robespierre es indudablemente socialista, así lo reconocen la mayor parte de los sociólogos modernos y su pensamiento social sigue siendo de continua polémica; como terrorista, conserva aún el anatema de los que no vieron en él sino el "corta cabezas del terror, el inspirador de la infame ley de pradiel, el dictador abominable y condenado por la posteridad; sus panegiristas han logrado a fuerza de estudios remover ese fango sangriento en que durante dos siglos se hundió su memoria y lo van logrando al demostrar que la revolución que devoró a sus hijos lo hizo por el triunfo de la intriga y de la traición, tristes oficientes en las conmociones sociales.

Hoy hace 182 años, la sangre del Abogado de Arras manchó la Comuna de París en un acto de desesperación que fué su intento de suicidio, moribundo fué llevado a la guillotina y su cabeza fué a la canasta, como la de Luis XVI y todas las víctimas de la Revolución, así es la triste historia de los hombres, sus ideales, sus errores y sus pasiones.

Se ha insultado su memoria con los epítetos más crueles, el recuerdo de Robespierre es mucho más benévolo; como hombre de Estado fué el más grande de la Revolución que tuvo gigantes del pensamiento revolucionario, como parlamentario fué un gran defensor del

pueblo, fué ideólogo y visionario, pero talvz la más grande de sus virtudes cívicas reconocida aún por sus más acerbos enemigos fué su honradez acrisolada que le valió el calificativo de "Incorruptible", rarísimo en quienes ejercitan el poder en un mundo dominado por la corrupción.



EL GRAN TRIBUNO DE LA REVOLUCION: EL CONDE DE MIRABEAU

Cuando se estudia la gran Revolución y los hombres que la forjaron, las "luces" que iluminaron ese portentoso fenómeno social y humano, los grandes nombres se graban para siempre. Mucho se ha señalado que la Revolución la hicieron los filósofos y pensadores que durante más de cincuenta años, en pleno reinado del poder absoluto, lo desafiaron con el más grande poder que detentan las sociedades: el poder de las ideas.

Mucho antes que cayeran las primeras cabezas en la plaza de la Revolución, ésta se estaba haciendo en la mente de los grandes escritores, con ideas humanistas, cosmopolitas, ateas, adogmáticas, etc., pero todo, con un solo denominador común: la destrucción del principio de autoridad y el ansia de un cambio radical que con más justicia repartiera en este mundo los bienes terrenales.

Voltaire y Juan Jacobo, para no mencionar sino los nombres más famosos, fueron los padres intelectuales de la pléyade que hizo la Revolución. Robespierre, Vergniaud, Dantón, Desmoulins, Barnave, Laffayette y entre ellos, un nombre discutido por la historia, a quien dedicaremos estas líneas conmemorando otro aniversario de la gran revolución.

HONORATO GABRIEL VICTOR de RIQUETI, Conde de MIRABEAU, de hermoso nombre, feo, picado de viruelas, de carácter apasionado y violento, el Gran Tribuno emerge del bello libro de M. Louis Barthou psicológicamente disecado, pero un gigante del intelecto, que a golpes de ideas, cual catapulta irresistible, contribuyó a derrumbar los muros de la Monarquía secular.

Es el mayor de los tres hijos varones del Marqués de Mirabeau, aristócrata de vieja cepa pero de ideas nuevas, autor de "Amigo del Hombre" y otros escritos en los que revela que pertenece a ese grupo de nobles que, a pesar de su casta y privilegios, harán la revolución, como Lafayette. El joven Mirabeau se caracteriza pronto por una vida tan turbulenta y escandalosa, que a los diecisiete años obliga a su padre a solicitar al Rey una de esas famosas "Lettres de Cachet" con la que lo encierra en la Isla de Ré y más tarde en el castillo de If.

Se casa con la hija del Marqués de Marignane, Emilie, pero su matrimonio fracasa totalmente y abrumado de deudas, vuelve a la cárcel en el fuerte de Joux, en donde se enamora locamente de una de sus visitantes: Sofía Monnier, esposa de un viejo Marqués. Rapta a Sofía y huye con ella a Holanda tan luego como recobra su libertad. En el destierro se gana la vida escribiendo panfletos, pero es finalmente arrestado y encerrado en el foso de Vincennes por su propio padre. Escribe y lee furiosamente, se defiende con vigor en lo que se conoce con el nombre de Proceso de Pontalier, que dura tres años.

Siempre en pugna con su familia, escaso de dinero, pues cuando lo tiene lo despilfarra en su vida desordenada, no conoce la moderación y oscila entre la opulencia y la miseria. Pero, a pesar de todo, su genio va madurando, lee y escribe mucho sobre todos los temas, con tal genio y visión, que hasta sus mismos enemigos se lo reconocen.

Siempre perseguido por sus acreedores, huye a Inglaterra en donde conoce al genio

de la hipocresía: el Abate Perigod; más tarde conoce al famoso diplomático Talleyrand a quien llena de envidia, lo mismo que a Calonne y al mismo Necker, hombre de las finanzas, en quien la Monarquía en crisis pone sus esperanzas. Viaja a Prusia y encanta con su verbo al Gran Federico.

Los albores de la Revolución lo encuentran discurriendo entre étoles de hombres geniales, visionarios que sentían venir la avalancha; el Doctor de Quesnay, Diderot, D'alembert, Brissot y muchos hombres famosos entre los grandes revolucionarios. Pronto Mirabeau se entrega en cuerpo y alma a la política. Excepcionalmente dotado por la naturaleza de las armas necesarias para la lucha, se une a los apasionados que se enamoran de la revolución y la conducen hasta hacerla irresistible. La fiera se ha despertado y solo ellos saben acariciarla... aunque no podrán impedir que los devore.

Mucho antes, las lacras sociales han recibido el cauterio de su fuego acusador, su libelo. En "denuncia del Agiotismo" expone a la luz pública esta podredumbre de la sociedad capitalista, el comercio infame del dinero que extorsiona al pueblo necesitado. Aunque aristócrata de nacimiento, Mirabeau defiende con pasión las causas populares con su pluma y su oratoria, más tarde desafía a su propia clase (nobles colmados de privilegios) y al poder omnipotente de la corona, propugnando la integración de la Asamblea General cuando aún se temía al poder absoluto.

Entre tanto, ha conocido a la mujer joven y bella que por su talento ha domeñado su fiera: Madame de Nehra, a quien bautiza con el poético nombre de Yet-Lie. Ella es su sombra bienhechora, talvez, su única amiga, como ella cariñosamente le dice; inteligente lo bastante para reconocer su genio y perdonar sus debilidades, lo amó con sinceridad, dándole un poco de paz y preparándolo para ser la estrella fulgurante en el drama que se aproximaba. Trató de poner orden en su vida y de reconciliarlo con su familia.

Ya estaba allí, en el alma del pueblo, sufrido y menospreciado, el clima revolucionario trastornando muchas cabezas. Juan Jacobo con su Discurso sobre la desigualdad, Turgot, Ministro del Rey, lanzándose decidido a las reformas, Calonne y Necker tratando de poner orden en las finanzas y forzando al Rey a convocar Los Estados Generales.

Era la primera vez que el poder absoluto se acordaba de que había un pueblo harto de despotismo, agobiado de impuestos que empezaba a comprender y pronunciaba palabras que hacían temblar al Trono: "Constitución y Libertad".

Mirabeau nunca fue un extremista. Quería para Francia una Monarquía Constitucional y siempre guardó para el Rey sentimientos de respeto, porque creía que la Monarquía era necesaria para conservar el orden y el respeto a la ley, en lo cual se equivocó porque la Revolución lo arrolló todo cuando el pueblo descubrió su poder.

Llevado a la Asamblea Nacional como Diputado por Aix, pronto se reveló como un adalid de las libertades populares y fustigó la tremenda injusticia de los privilegios y los privilegiados: el clero y la nobleza. Su anatema no es contra el Rey, víctima él mismo de un régimen de corrupción.

Domina a la Asamblea con su elocuencia fogosa, sus frases que la enmudecen, la aterran o la hacen estallar en frenéticos aplausos; ante ella el trono se desquicia y el pueblo que no sabe leer, la escucha y se enardece.

La lucha es desigual, un Rey tonto a incapaz, una Reina frívola que lo domina como lo

han hecho siempre las mujeres en la historia de Francia, ya sean esposas o concubinas. El Rey no tiene más que un hombre a su lado dice Mirabeau: su mujer. Pero María Antonieta tiene menos talento que una Catalina de Médicis. Frente al Trono vacilante surgen cada día los genios revolucionarios con la fuerza vengadora del pueblo que ya nada puede detener.

Se indigna Mirabeau, cuando después de un viaje en el que constata la miseria del pueblo, llega a Aix y lee la proclama servil que convoca a los Diputados del pueblo, en la que "se ruega al Rey muy humildemente que designe el número y les dé instrucciones precisas..."

Mirabeau juzga a la nobleza muy severamente: "un corps cupíde insolent et ignorant" y desprecia al Tercer Estado que no tiene ni plan ni luces. Evocando a Tácito dice: "Esclavos voluntarios que hacen más tiranos que los tiranos hacen esclavos".

Los abusos del poder en un estado totalitario representado por el Rey, la falta de Constitución, la miseria del pueblo, la terrible injusticia de los privilegiados, acabaron por llevar a la rebelión al pequeño clero y a muchos aristócratas que como Mirabeau había sufrido en carne propia los golpes del despotismo. Ellos se habían nutrido con las enseñanzas de "las luces" y se dieron cuenta de que la Revolución era inminente, mejor dicho, ya estaba en marcha. En el dique que el poder represivo había impuesto al pueblo se acumularon las aguas turbias durante siglos, las grietas amanezantes fueron vistas por los intelectuales de la Revolución, los visionarios que como Mirabeau, aún pretendieron detener el alud. Después, vino el diluvio que predijo Luis XV.

Mirabeau comprendió que una vez destruido el muro de contención que representaba el principio de autoridad, nada podría detener la marcha de la Revolución hacia sus excesos; pero al mismo tiempo fue él quien le reveló al pueblo su inmenso poder. Su oratoria en los debates parlamentarios fue un ariete demoledor, arma formidable que en los momentos álgidos destrozó grandes porciones del viejo muro. Cuando un Diputado en la Asamblea Nacional propuso la enseñanza de la religión católica oficial, aludiendo a un Decreto-Ley de Luis XIV en la ciudad de Cambrai, Mirabeau lo redujo al silencio diciéndole: "Sois el representante de un pueblo libre y venís a esta Asamblea a alabar un acto despótico".

Uno de los actos más absurdos del Trono fue pretender apoyarse en la Intervención extranjera, mucho luchó Mirabeau por disuadir al Rey de que la presencia de tropas extranjeras en París exacerbaría la lucha estimulando el sentimiento nacionalista del pueblo. Desde la Asamblea rogó al Rey que no huyera, que no se pusiera bajo la protección de las tropas extranjeras y que no luchara contra su pueblo. No fue escuchado porque los malos consejeros que siempre tienen los gobernantes hicieron que la Corte se rodeara de ellas. Mirabeau, enemigo acérrimo de la intervención, abogó vehementemente porque se rechazara toda intervención extranjera, sobre todo la de la fuerza de las armas.

Sin embargo, llega a la Asamblea con ideas monárquicas para hacer la más formidable labor republicana. Esta paradoja se explica por el enorme desprecio que siente por los hombres de su clase a los que conoce a fondo y a su amor mezclado de piedad por los sufrimientos del pueblo en quien reconoce la verdadera soberanía. Siente lástima por un Rey infeliz y quiere afianzar un trono ya destruido por los vicios de la Monarquía.

Pronto se hace el amo de una Asamblea de hombres muy inteligentes y patriotas apasionados, dominándola con su elocuencia y su dialéctica arrolladora, llena de colorido con arranques emocionales que llenan el recinto de una fuerza que muy pocos se atreven a enfrentar. El lo siente y se crece ante los aplausos del pueblo que se dan cuenta de su altura

como parlamentario, volviéndose un ídolo popular. Desde entonces él conduce la Revolución.

Al pueblo ya en rebelión se le aplicaban los más odiosos calificativos y Mirabeau tuvo la audacia de identificarlo con la Nación, denostando a los diputados que representaban las clases privilegiadas: nobleza y clero. Crea la frase mágica de "Asamblea Nacional verdadera representante del pueblo Francés", colocándola sobre el poder del Rey cuando rechazando a los gendarmes que en cierta ocasión irrumpían en el recinto les apostrofó: "Id a decir al Rey que nosotros somos los representantes del pueblo y que sólo por la fuerza abandonaremos este recinto".

La corte llega a conocer la fuerza revolucionaria de Mirabeau y trata de corromperlo. Es esta una de las cuestiones más debatidas por sus biógrafos; sin embargo, si bien es cierto que consintió en entrevistarse con la Reina y recibió dineros del Rey, siempre creyó en que podía salvarse el Trono con una Monarquía Constitucional y su lucha fué más contra los privilegios, pero en realidad no puede hablarse de traición. Michelet lo condena por sus relaciones con la Corte y a su muerte "La Convención" decretando que "no hay grande hombre sin virtud", habría de ordenar que su cadáver fuera sacado del panteón.

Fue Marat el que inició la odiosa campaña de desprestigio poco después de su muerte, pero está probado que Mirabeau con su admirable misión política previó los excesos revolucionarios que dos años después de su muerte habrían de llegar al clímax con el Terror que sacrificó a tantos inocentes y ensangrentó la Revolución.

Su vida se quemó como una vela por los dos extremos, los excesos de su juventud minaron su recia constitución, la tremenda agitación de su actividad política que no conocía reposo y una enfermedad fatal, lo llevaron a su lecho de muerte, a los cuarenta y dos años, en plena madurez, cuando el pueblo esperaba tanto de su genio.

En 1,791, la popularidad de Mirabeau era inmensa, el pueblo lo adoraba. La Revolución había creado genios que se erigían frente a él, fanáticos como Robespierre, cínicos como Marat y la figura estelar de Georges Jacques Dantón, que después de la fuga de Varennes se yergue como otro coloso revolucionario después de Mirabeau.

En la madrugada del 4 de abril de 1,791, teniendo a su gran amigo La Marck de un lado y a su médico Cabanis del otro, después de soportar estóicamente sufrimientos atroces, el gran tribuno cerró los ojos para siempre. El pueblo de París y la Francia entera se conmovió profundamente y lo lloraron con sinceridad. Un gran vacío que nunca fue llenado quedó en los círculos en los que el genio de Mirabeau se creó un lugar único. La Revolución quedaba huérfana de su gran orador, pero sus frases oratorias eran repetidas por el pueblo que conoció por él, que el destino de Francia estaba en sus manos.

Mirabeau, juzgado por la historia que le perdona sus desatinos y sus vicios, sigue siendo un paladín de la libertad de los pueblos oprimidos; su voz demolió un vetusto orden de cosas. No pudo edificar pues fue malogrado por su muerte prematura, pero todos los pueblos del mundo, amantes de la libertad de la justicia le deben un gran tributo de admiración. En ese Huracán tremendo que fue la gran Revolución, la figura gigantesca del Tribuno con sus grandezas y miserias, perdura nimbada con la gloria impercedera de los genios en una de las épocas más dramáticas de la historia de Francia y de la humanidad.

No hay tumba en Francia que ostente el nombre glorioso de Mirabeau con un epíteto digno del gran revolucionario. La Historia es su Panteón para la eternidad.

DANTON

Uno de los más grandes prodigios de la Revolución fue hacer emerger del anonimato a hombres que, héroes o monstruos, ocuparon un sitio luminoso en la escena de la Historia; fueron sus hijos prodigios, apasionados y violentos, grandes idealistas y sobre todo, patriotas o fanáticos sentimentales. Muchos de ellos pasaron a la Historia que ha tratado de desmenuzar personalidades tan complejas sin lograr presentarnos todavía un juicio crítico final.

Uno de ellos, en la sala de las Tullerías en donde la Convención celebra sus sesiones, en una tarde de Septiembre de 1,792, aborda la tribuna en medio de una gran emoción, (es diputado por París); encara al auditorio y se impone por su solo nombre y su presencia. La cara ancha, deformada por una nariz aplastada, ojos pequeños de una viveza extraordinaria, boca contraída por una cicatriz en la comisura. De complexión atlética, con una voz firme, varonil que llena toda la sala como un trueno continuo, una mano apoyada en la cadera izquierda y la otra gesticulando con energía. Su rostro enrojece a medida que se apodera de él la emoción, sacude la cabeza adornada de una enorme melena y bajo esa frente enorme hay algo de feróz y de grande: es el Diputado d'Arcis al Consejo del Rey: Georges Jacques DANTON.

Es curioso que durante la Revolución los Clubs más famosos se abrigaron en dos conventos. Uno de ellos, fundado por San Luis, tenía una vasta sala, el refectorio en donde se reunieron para deliberar los Diputados a la Asamblea del Distrito, de donde les vino el nombre de Cordeleros. El otro convento, aún más famoso, fue el de los Jacobinos en la calle Saint Honoré. Ambos se convierten en el teatro de donde habría de salir, cual volcanes en erupción, un torrente de lava que fue el fuego que devoró la Gran Revolución.

Ambos conventos tuvieron sus grandes hombres. En el Club de los Cordeleros, antes de la llegada de Danton se había reunido ya la flor y nata de los Revolucionarios y serían el "Terror de la aristocracia" y los verdaderos conductores de la Revolución. Pronto Danton presidió el distrito, lo dominó y se convirtió en su director político. El clima revolucionario convenía exactamente a su robusta naturaleza; sin éste, Danton hubiera acabado sus días como un abogado mediocre. Pronto la lucha política le dió las armas que necesitaba, creó su prensa, su propia Asamblea y así surgió aquel poder que empezó por desafiar a la propia Comuna de París.

En su carrera hacia la cumbre del poder, Danton hace una pausa, mientras tanto, los Jacobinos llenan las páginas de la Historia de Francia. El 14 de julio entre el humo de la Bastilla empieza a surgir el espectro de un poder arrollador: es el pueblo que le ha perdido el miedo al poder del Trono. Son los Jacobinos que en cualquier rincón apacible de los Parques de París se improvisan en Tribunos populares, comentan el Contrato Social de Rousseau e inyectan en los rudos cerebros de la masa del pueblo ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Camilo Desmoulin se enardece como todo un demagogo despertando el sentimiento de rebelión y el desafío al principio de autoridad. ¡El pueblo es soberano!

Mirabeau había luchado por disuadir al Rey de su Fuga, previendo todos los peligros; sus malos consejeros prevalecieron, la corte en gran parte ya había huido y la familia real organiza la frustrada fuga de Varennes. De pronto aparece Danton escoltado por los Cordeleros en la Asamblea reunida, temblando de miedo ante el pueblo que llena los jardines de las

Tullerías, increpa rudamente a Lafayette como traidor por haber dejado escapar al Rey, a pesar de haberse comprometido con su cabeza a guardar a la persona real, y en su encendido discurso denuncia al Rey como criminal o imbécil: "El individuo llamado Rey de los franceses después de haber jurado mantener la Constitución no puede ya ser rey porque es un imbécil". Ante el vigor de Dantón, las secciones se arman. Los jacobinos y los Cordeleros entran en acción: "Libertad o muerte".

Es la era popular, el dominio del pueblo se hace cada día más aparente, ha surgido el Hombre de la Revolución, que no solamente ostenta su gorro con cocarda tricolor, la pica en la mano y el sable en la cintura, sino que, a pesar de su apariencia guerrera, es también un gran idealista, está persuadido de que está construyendo "un mundo mejor". Está orgulloso de lo que nunca ha tenido: el fiero sentimiento de ser un ciudadano libre, sin comprender que él también está creando, dándole vida a un monstruo insaciable que es el poder finalmente centralizado en las manos de unos cuantos hombres.

A pesar de su evolución rápida hacia la disolución de la Monarquía, la Revolución quería ella misma detenerse en una meta: la Constitución, si no Monárquica como la quería Mirabeau, a lo menos Republicana, como lo fue finalmente, único baluarte contra la anarquía, las estupideces de la Reina dominada por un pequeño grupo de intrigantes sin visión política y sin talento, la fuga de Varennes, la nobleza emigrante, siempre conspirando, la terrible amenaza de invasión extranjera, excita la rebelión. Dantón lo comprende. Por un momento olvida sus querellas con Robespierre, y Lafayette, crece su poder ante los jacobinos en donde pronuncia encendidos discursos, ataca violentamente a la Reina María Antonieta y amenaza con llevar el terror a la Corte perversa que lo observa con espanto.

El 29 de Julio del 92, en una sesión acalorada de los Jacobinos, Robespierre pidió la suspensión del Rey o una Convención nacional. Las secciones de Patriotas se ponen en pie de guerra: Dantón, Marat, Desmoullins, Fabre, Chaumette, Manuel, encabezan la rebelión. El Rey ha cometido otra gran tontería: llamar tropas extranjeras para protegerle. Los emigrados, los aristócratas conspiradores habían cometido una equivocación fatal: Desestimar el poder del pueblo a quien muchos de ellos llamaban facciosos o simplemente bandidos. Para ellos, bastaba un despliegue de fuerza y barrerían París. ¡No sabía qué clase de hombres eran Dantón y sus compañeros!

Llegan los Marselleses cantando su célebre himno y las tropas fraternizan con ellos. El 9 de Agosto el pueblo sale a la calle, repican las campanas de las iglesias y la fiebre popular reúne a miles de hombres y mujeres dispuestos a todo. Primero la Municipalidad, después las Tullerías, donde rodeado de sus Suizos y algunos fieles, Luis XVI confiando en sus Consejeros, cree todavía poder desafiar el poder de su pueblo. Dantón a la cabeza de sus Cordeleros, toma la Municipalidad y el pueblo ataca las Tullerías. El Rey, que dormía, al fin se da cuenta de que está perdido. Las tropas, excepto los valientes suizos, fraternizan con los atacantes. No queda más remedio que huir y acogerse a la protección de la Asamblea Nacional. Es el primer paso hacia el cadalso.

Dantón fue el héroe del 10 de Agosto que derrumbó la Monarquía. Después continúa en ascenso, llega a Ministro de Justicia y Arbitro de la Revolución. Francia y Europa entera se preguntan, ¿quién es ese fiero Titán que enardece al pueblo, lo emociona con sus frases de una elocuencia furiosa?, ¿quién es el hombre cuya audacia ha derrumbado la Monarquía que la gran mayoría del pueblo francés todavía respetaba? Es el Abogado d'Arcis, un pueblo

idílico de la Champagne bañado por el Aube, es el más francés y el más patriota de los grandes hombres de la Revolución. De una psicología imposible de simplificar, no es un Tribuno erudito como Mirabeau, tampoco es simplemente un Demagogo de parque público, le han sido aplicados todos los adjetivos posibles por los biógrafos y finalmente la imagen que podemos hacernos de él nos seduce.

Uno de sus biógrafos, M. Louis Madelin, dice: Dantón es horriblemente sincero, todo le sale de las entrañas, la cólera, la piedad, el amor, la ferocidad; pronto al arrepentimiento y a olvidar sus propias heridas; no conoce ni el rencor ni el cálculo; no adopta la pose de un incorruptible. Confundió con un solo amor, Revolución y Patria; se enfureció como todos los Patriotas cuando los Prusianos tomaron Lonwy y Verdun; era capaz de todas las audacias y de todas las violencias, era terrible y magnánimo.

La corte trató de corromperlo, como a Mirabeau. Para muchos de sus detractores se manchó con el oro de la Corona. Si es cierto que lo recibió, también lo es que eso no cambió su acción revolucionaria contra la monarquía corrompida y corruptora.

Como La Fontaine y Diderot, era un puro tipo Galo, cordial y buen amigo, siempre miraba a los ojos y decía lo que sentía con gran naturalidad, esa era su elocuencia. No se las dió de "virtuoso", le agradaba la buena vida y la tuvo, pues su hogar era perfecto. Gabriela Dantón falleció cuando él estaba en una misión en Bélgica y lo llenó de tristeza y amargura. El mismo Robespierre quien lo envió al cadalso, dice de él: "Dantón como hombre de hogar y padre de familia no merece sino elogios

La situación de Francia necesitaba un hombre de estado además de un Tribuno popular. Había que encarar la siempre presente conspiración interior, la lucha entre la Gironda provinciana y moderar la rebelión Jacobina cada día más extremista. Pronto Dantón desde su puesto de Ministro de Justicia entra en acción. Lo que más le preocupa es la invasión extranjera. Ciento cincuenta mil soldados, entre ellos los terribles prusianos, los mejores soldados de Europa. Miles de aristócratas, toda la oficialidad realista está entre los invasores, rodeando las fronteras de Francia.

Es el cuadro en donde surge la grandeza patriótica de Dantón. Hay que detener al enemigo de las fronteras y destruir al enemigo interior. Se ha acusado a Dantón de haber ordenado las matanzas de Septiembre pero no se ha podido probar. Lo que si es cierto es que habiendo podido, no las evitó. El frente interno necesitaba una lección que llevara el terror a los realistas conspiradores. Tal vez por eso Dantón no quiso ver lo que debiera haber visto y que manchó para siempre su memoria.

Llega al pináculo del poder cuando Doumouriez en Valmy hace retroceder al invasor. Los soldados de la República, los famosos voluntarios se han cubierto de gloria. Mal vestidos, casi harapientos, pero llenos de fervor patriótico, han hecho comprender al enemigo que el suelo de Francia no es fácil presa. Dantón tenía razón cuando a golpes de audacia organizó la defensa en condiciones desesperadas.

Eso tan solo, lo llena de gloria y por grandes que hayan sido sus defectos, lo salva en las páginas de la historia.

La Revolución llega a sus excesos; la famosa Ley del 22 Priaral hace de los Jacobinos y su terrible Tribunal Revolucionario, un arma inexorable al servicio de los fanáticos como Robespierre. La denuncia se convierte en una iniquidad sin nombre. Se prepara el Terror que

ellos creen necesario para salvar la Revolución. La lucha se inicia contra los Girondinos acusados de conspirar y en Octubre, una carreta conduce a la plaza de la Revolución a un puñado de los más ilustres.

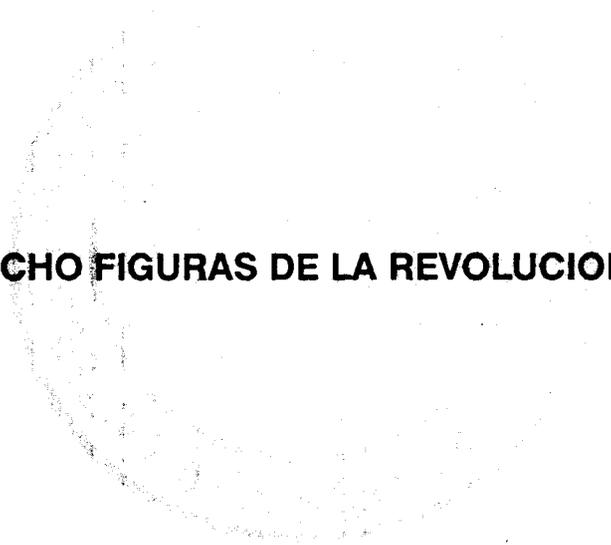
Dantón va a la Convención. Los Jacobinos no se atreven contra él, quien ha defendido la Gironda. El Rey es procesado y llevado al patíbulo. Dantón votó por la muerte en su más corta y brutal peroración.

Se casa en segundas nupcias en pleno Terror y se retira a Arcis. Con sus fanáticos Jacobinos y su terrible Tribunal, Robespierre empieza a ver traidores y conspiradores en todas partes. La pureza de Dantón le parece sospechosa. Lo rodea de espías y finalmente, lo acusa de componendas con Mirabeau, Doumouriez y la Monarquía para una restauración. Sin embargo, era tal su popularidad, que en Abril del 93 es electo miembro del famoso Comité de Salud Pública. En un fogoso discurso dice: "Después del pan, la educación es la primera necesidad del pueblo". Pero Robespierre está decidido a perderlo, se une al infame Herbert, inician una campaña de Descristianización; Dantón los combate, invita al pueblo a la clemencia y a la cordura, pero su amistad con el "infame" Doumouriez sirve a Robespierre para acusarlo de "Idolo podrido".

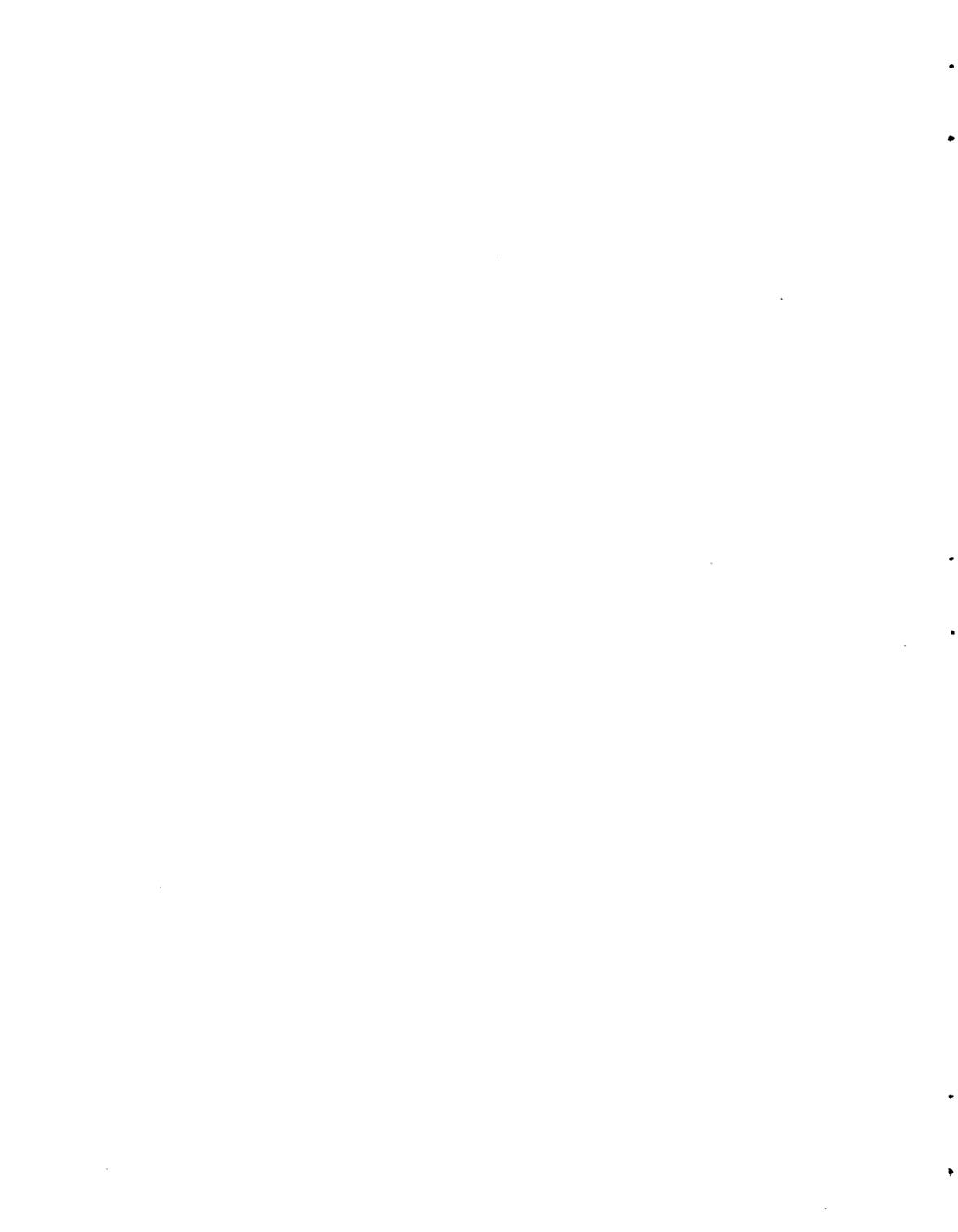
Al fin, el coloso tambalea, sus amigos han sido acusados de traidores. Robespierre, el amo del Terror, se impone. Llama a Saint Just y trama la acusación que había de llevar a Dantón, Desmoulins y sus amigos al cadalso. El proceso es una obra maestra de iniquidad. Dantón es acosado; responde a sus adversarios con frases como estas: "Un hombre de mi talla no se vende". Su furor oratorio aplasta a Herman, el Presidente del Tribunal. Como una fiera acorralada. Dantón defiende su cabeza y él mismo acusa al Tribunal. Es invencible y sin pruebas no pueden condenarlo. Entonces Saint Just lee su reporte, inspirado por Robespierre e inventan una nueva conspiración para liquidar a Dantón y a sus amigos.

No pudiendo herirlo de frente, lo hieren por la espalda y arrancan al Tribunal intimidado, la acusación. "Infame Robespierre-grita Dantón- me seguirás al cadalso". Profecía que no tardaría en cumplirse. El hombre del catorce de julio de 1,789, del diez de agosto de 1,892. el que salvó a Francia de la invasión extranjera y creó casi todas las instituciones revolucionarias, iba con Camilo Desmoulins, el 6 de abril, rumbo a la plaza de la Revolución, marchando con los pies desnudos entre la sangre de sus amigos, bajo los últimos rayos del crepúsculo, dijo a Sansón, el verdugo: "Muestra mi cabeza al pueblo; bien vale la pena".

Lic. David Vela S.

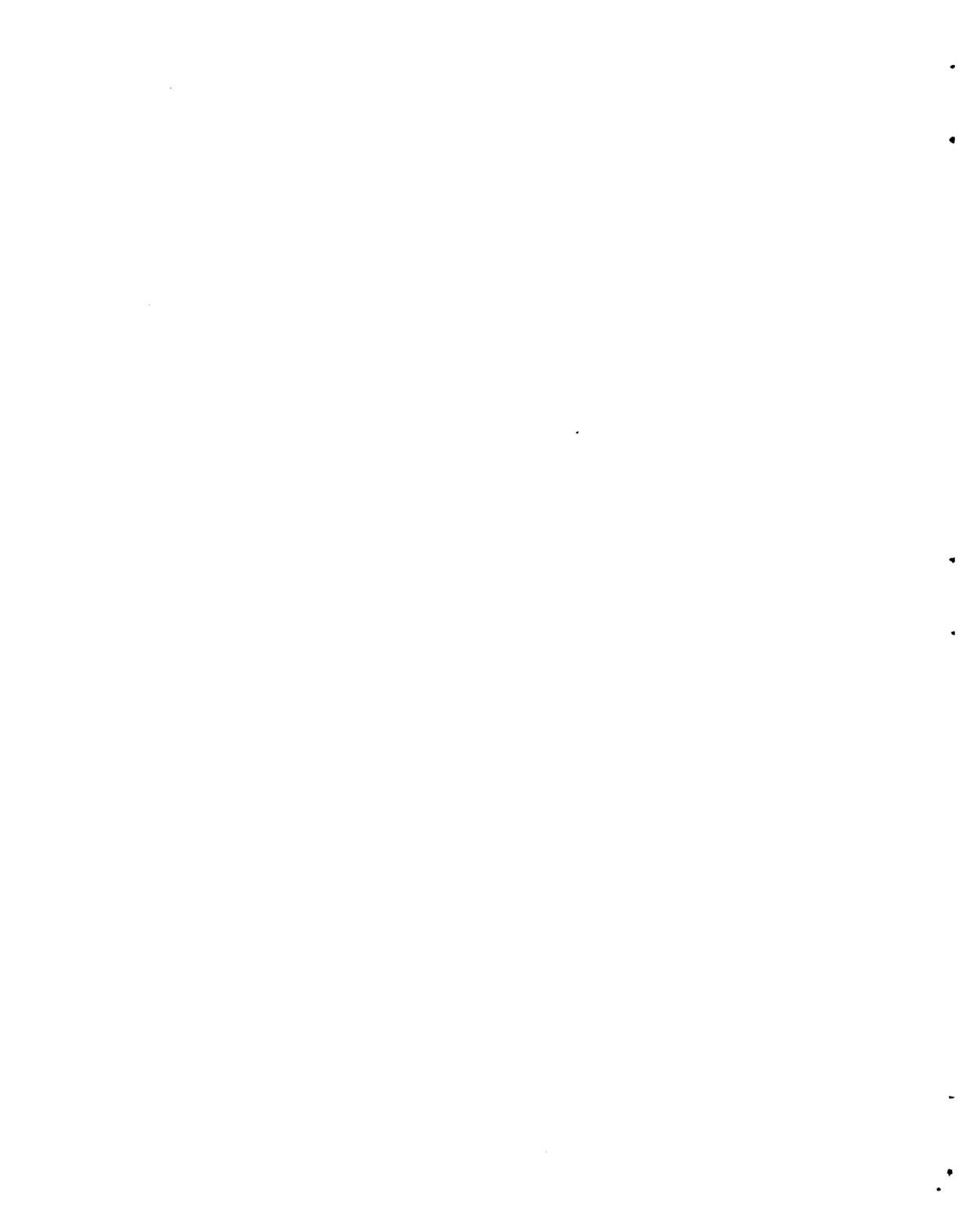


OCHO FIGURAS DE LA REVOLUCION



CONTENIDO

	Página
El amor de Barnave	33
El cerrajero de Luis	35
Las señoritas Fermig	37
El clérigo renegado	39
El valor de Lanjinais	41
El genio de los girondinos	43
Fouquier	45
Malesherbes	47



EL AMOR DE BARNAVE

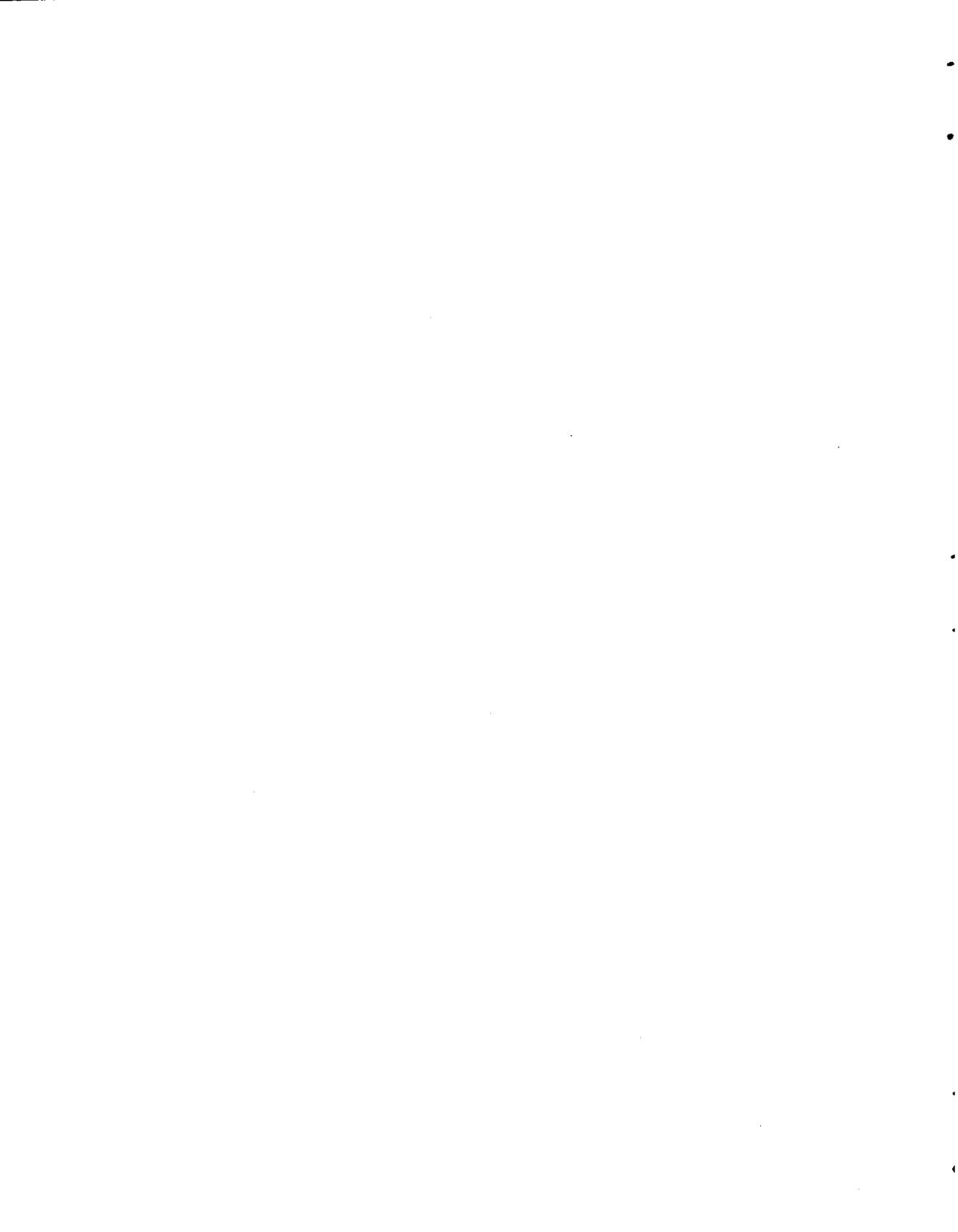
Había inquietud, una nerviosidad explicable, con ocasión de la entrada de los reyes a París -siempre la presencia del soberano se impuso sobre el espíritu prejuicioso de sus vasallos Barnave y Petion cumplían el difícil cometido de acompañar en el coche especialmente construído para la huida y que regresaba de Varennes con la impulsión ciega del destino.

Entre la masa, débil voz de reacción, un sacerdote se vió a punto de ser linchado; surge entonces, reviviendo el milagro cristiano de andar sobre las aguas, imponiéndose al mar revuelto del pueblo, la figura del abogado Barnave, quien llenó de feliz elocuencia el ambiente mediocre de su vida, entra a los Estados generales y encarna la ficción de una gran popularidad, hasta aureolarse con una insostenible comparación frente a Mirabeau. Pues bien, ese hombre contiene a su pueblo con un grito: "Franceses, nación de valientes, ¿queréis convertirnos en un pueblo de asesinos?" y una mano aristocrática, movida por la simpatía y la gratitud, lo contiene desde dentro de la carroza por los faldones del frac; en ese momento, no pudo intuir Barnave con qué fuerza lo sujetaba la realeza de Madame Isabel, la hermana del rey.

Antes que se implantara el régimen de terror, cuando los atentados estremecen a las provincias y los abusos tomaban cuerpo en París, núcleo de la efervescencia revolucionaria, ya que había él protestado con un espíritu que se llamó reaccionario por sus enemigos: "Es tan pura la sangre que corre".

El amor puede más que la ambición: a Barnave lo perdió una sonrisa de madame Isabel y no supo él mismo a qué hora comenzó a convertirse en realista; también influía en su ánimo una fuerte corriente de simpatía que se despertó en su corazón a la sola vista de la reina, demasiado hermosa para ser contemplada como una enemiga y no como una víctima, cuando en su cuello delicado se erizaba ya en finos cabellos dorados la sensación espantosa de la guillotina.

En pleno terror, la cabeza de Barnave rueda también en el torrente que inundará de sangre la plaza de la revolución, acusado de complicidad con los manejos monárquicos.



EL CERRAJERO DE LUIS

Cuando no era el rey, ni se rodeaba del dorado cortejo de sus incursiones cinegéticas, Luis XVI amaba con oculta vocación los rudos menesteres de la mecánica, sin la herencia del poder absoluto, sin estar ungido por el prejuicio tradicional de una divina predestinación de director de pueblos, habría sido un vulgar herrero en una humilde aldea o en los suburbios del propio París.

Al sentirse amenazado, cuando los andamiajes de la estructura social crujían se podía predecir la catástrofe, pensó en poner a salvo muchos documentos secretos, papeles comprometedores para él y otros franceses. Recurre a un viejo servidor, compañero de sus ocios reales, con prisa, forzando la complicidad del silencio de las horas nocturnas, realiza con el cerrajero Greain un trabajo cauteloso y previsor: empotra en uno de los muros de las Tullerías, edificio que plasma la realidad de su poder soberano, un armario secreto en el que esconde los documentos peligrosos; a nadie más que a Greain, fue confiado el secreto de la existencia; el objeto y la importancia de aquel depósito, asegurado por una sólida puerta de hierro y disimulado por un tabique de madera.

Pero ¿cuando se ha mantenido por siempre un secreto? No estaba allí la historia, inquiriendo curiosamente? Por azares del sino, al cerrajero Greain se le declaró pronto, de manera fulminante, con deprimentes síntomas, una enfermedad de pronóstico reservado. No supo el origen de su mal y en su cerebro ignorante y receloso sólo clareaba una oscura suposición, día a día acentuada por los progresos de su dolencia: ¿No había sido envenenado por Luis, para poder éste conservar sin complicidades peligrosas su secreto? Recordaba que, en plena labor, cuando jadeaba falto de ayudantes, una mano real le había brindado el refrigerio de un vaso de agua...

De ese recuerdo a la acusación, confusa primero, hecha certidumbre después, había muy fácil transición. Al cariño que Geain guardara por su soberano, a la sumisión que por herencia de clase le prestaba, se superpusieron la angustia, el egoísmo defensivo, el instinto vengador. La mujer de Geain, más suspicaz aún, lenguaraz e impulsiva, ganada por la agitación revolucionaria del medio, ni siquiera dudaba; para ella no había otra solución lógica que el envenenamiento de su marido.

Es así como deja un día Geain el lecho en que su misteriosa enfermedad lo tenía postrado y como se presenta a denunciar el secreto ante el ministro del gobierno Roland. Este no pierde el tiempo, se hace acompañar del cerrajero, en su propio coche, y procede sin testigos a violar el escondite, forzando la puerta que resistía con la tenacidad con que se habría aferrado la voluntad avasalladora de un Luis de Francia.

Roland sustrae los documentos y los traslada a su despacho sin avisar del hallazgo a la Convención; muy tarde se da cuenta de su imprudencia y al divulgarse la verdad se alza contra él una tormenta de acusaciones y sospechas. Temiendo los partidos que se hubiese escogido a propósito las probancias de traición, aquellos cuyas cabezas penden del rasgo de una firma son los primeros en señalar la arbitrariedad del ministro y precaver a todo el mundo contra posibles parcialidades. Cuando Roland entrega esa misma tarde los papeles a la Convención, se le mira con desconfianza, se le amonesta en un ambiente estremecido de amenazas.

¿Cuál fue el móvil, o hubo varios, en la impulsión delatora del cerrajero de Luis? Amaba a su rey, pero estimaba en mucho más su vida y no tenía espíritu de mártir; era supersticioso y desconfiado por razón de su misma ignorancia; era casado y no supo resistir a la influencia decisiva de su mujer; nos lo imaginamos en su lecho, conturbado por el terror de su enfermedad, luchando antes de violar ese otro gran secreto trágico de la muerte...

LAS SEÑORITAS FERMIG

La Francia heroica y democrática se defendía asediada por los cuatro costados; toda Europa se alzaba inquieta contra aquel ejemplo de libertad, tratando de apagar a soplos de fuerza aquella antorcha encendida en pleno corazón del generoso país.

Por entonces vivía en Montaigne, pueblo fronterizo con Bélgica, la familia Fermig, de cultura provinciana, saturada de las ideas de los enciclopedistas y, sobre todo, integrada por patriotas, buenos franceses decían ellos, cuando protestaban indignados contra las incursiones de las naciones vecinas coaligadas. Los dos hijos varones peleaban, uno en los Pirineos y otro en el ejército opuesto a los Austriacos; quedaban dos muchachas quinceañeras, Teófila y Felicidad Fermig, con otras dos hermanitas impúberes, y el viejo papá. Francia había hecho un llamamiento supremo para contrarrestar la hostilidad extraña y los trabajos que desde el exterior preparaban los monárquicos reaccionarios, poblaciones y campos quedaban sin el vigor de sus hombres, jóvenes y adultos, siendo preciso que los ancianos y aún las mujeres se aprestaran a la defensa.

Fermig organizó en su región la lucha contra los intrusos, y ayudado por sus vecinos realizó en forma anónima atrevidas acciones, con igual éxito en la resistencia y en el ataque, mientras su casa quedaba sólo bajo la custodia de Felicidad y Teófila en plena frontera.

Las dos muchachas, en cuyo ánimo pesan a la vez como elementos de decisión, su amor filial y denodado patriotismo, resuelven ponerse los trajes dejados por sus hermanos y así disfrazadas de hombres, se alistan en el regimiento voluntario de su padre, sin que éste lo sospeche. A su lado combaten con la misma tenacidad e idéntico valor que los campesinos; resisten largas caminatas, privaciones e intemperie; con sus finos dientes parten los cartuchos y sus labios se untan de epopeya con el color oscuro y el sabor salado de la pólvora; de pechos a la tierra su corazón, a la edad de las impresiones amorosas, palpita al unísono con el épico corazón de Francia. Salvan a su padre en más de una ocasión y agregan el complemento de la ternura femenina a sus actos, cuando alivian la situación de sus prisioneros y enemigos heridos.

Tema gemelo de inspiración para una sola estatua, las dos muchachas de Montaigne se recortan en la historia de la revolución con una espartana pureza de línea; cuando se laven las caras valientes de "pilu" sus bocas rojas fulgirán como dos condecoraciones. Así las encuentra el jefe Bernonville, jugándole al escondite entre las filas del regimiento de Fermig para no ser identificadas, y cuando son descubiertas, señaladas por la mirada cariñosa de sus camaradas de guerra y por la sonrisa paternal de los viejos reclutas improvisados, recobran sus gracia femenina para llorar de emoción y pena abrazadas a las rodillas del padre orgulloso a quien engañaron noblemente. Lloro también el viejo Fermig, todo el regimiento exalta admiración y cariño, al jefe militar le tiembla la mano cuando escribe ésto en su informe a la convención, y ese llanto cristiano empapa toda una bella página de la historia de Francia; desde el pedestal de su gloria, Juana de Arco adopta a las hermanas Fermig para sentirse madre y espejo de las heroínas; de la Convención se les envían caballos y arreos militares, como un presente honorífico y se les rinde el homenaje de tratarlas sencillamente, como a dos bravos soldados.

El destino quiso que después pelearan cerca del propio generalísimo Durnouriez y

fueron citadas elogiosamente, e introdujo también en la vida de Felicidad un epílogo suave de romance: salva a un oficial voluntario, de origen belga, que después la busca en el destierro y se casa con ella, que lo ha salvado de la muerte para conservarlo en rehenes de amor, como eterno prisionero de sus encantos. Aquí el lector de la historia cierra el libro y los ojos, para soñar con esas dos gráciles figuras de la revolución.

EL CLERIGO RENEGADO

Extraña figura la de este hombre, que atraviesa el escenario llameante de la revolución, sin que las lenguas de fuego llegasen a tocarlo, no obstante ser uno de los que con más ardor atizaran la hoguera. Emerge de la sombra y pasa como un fantasma, hurtando el cuerpo, y accionando entre bambalinas la mayor parte de las veces. Infunde vida, da relieve, saca a flote, eleva a personajes que le sirven para encumbrarse y a quienes después traiciona y derrumba.

Espíritu mefistofélico, lo domina una pasión: la intriga. Político admirable, genial, juega con los personajes más grandes y poderosos de su época. Pudiendo llegar a ser figura central, se mantiene relegado por propia voluntad a segundo término. Cínico, carece de escrúpulos y no le importa apostatar de las doctrinas que sustenta, cuando conviene a sus fines.

Es así como cambia tranquilamente la sotana clerical, que vistió por indudable vocación, por la casaca revolucionaria. Su antiguo fanatismo queda intacto, pero sustituye a Dios por la libertad. Y en nombre de ésta la emprende contra aquél, con espantable denuedo demuele templos, profana imágenes, manda a ametrallar en masa clérigos y realistas, siendo el brazo más fuerte del terror, lo que le vale el mote de "Metrallieur de Lyon", que es donde mancomunadamente con Collot D'Herbois, desempeña su terrible oficio.

Acusado ante la Convención Nacional, logra con habilidad y perfidia eludir la responsabilidad, y acumularla sobre su incauto compañero. En pugna con Robespierre cuando basta un gesto de formidable terrorista para enviar a la guillotina a sus enemigos, se atreve a desafiar sus iras. En la sombra trabaja, conspira, trama un complot y cuando el amo de Francia quiere enviarlo a la guillotina, se invierten los papeles y es la cabeza de Robespierre la que cae bajo la cuchilla.

Surge el Directorio. Pero Fouché no forma parte de él. Sigue en la sombra palpando el ambiente, intrigando, esperando. Logra relacionarse con Barras. Momentáneamente caído en la sombra del desprestigio, este Directorio lo hace su aliado, lo protege, lo asocia a sus negocios, lo hace brillar otra vez en la política nombrándolo ministro de policía, Fouché está en su elemento. Comienza nuevamente a intrigar, a urdir complots. La figura de Napoleón Bonaparte comienza a destacarse en el horizonte político. La perspicacia del ministro de policía comprende que es el hombre del porvenir. Conspira contra el Directorio y se alía al hombre que ha de derrocar a su protector. Pudo destruir el golpe de estado del 18 brumario pero no quiso hacerlo, porque no le convenía.

Por los caminos de la intriga y la traición, se abre paso velozmente. A lo largo de la espléndida carrera de Napoleón, éste lo colma de honores y riquezas. Cuando el emperador se halla en el pináculo de la gloria y del poder siendo su ministro de policía, fiel a su temperamento, intriga, conspira, contra Napoleón, se burla de él y lo desafía. Pacta con los enemigos, e interviene con eficacia en el derrumbamiento del Imperio.

Durante la confusión que siguió al desastre de Waterloo, Fouché es el árbitro de la situación. Tiene en sus manos el poder y los destinos de Francia. De él depende que se restablezca la república o se restaure a los borbones. Momentáneamente los revolucionarios se organizan. Puede ser el Directorio de la república, pero posiblemente piensa que dada su

naturaleza intrigante, sería peligroso jugar contra sí mismo y se decide a burlar a los revolucionarios; secretamente negocia con Luis XVII y termina por instalar a éste en el trono, bajo la condición de que lo deje de ministro. Quiere tener siempre a alguien de quien disponer para satisfacer sus juegos apasionados de política.

Pero esta vez se equivocó; se le cambiaron las cartas. Y el eterno traidor, fue a su vez traicionado y por el más incapaz de los personajes con quienes jugó. El que había votado por la muerte de Luis XVI no podía ser ministro en la corte de Luis XVII, hermano del rey decapitado.

Y aquel realista y clérigo renegado, que fue después uno de los más iracundos revolucionarios, comunista, abominador de la riqueza y destructor de nobles reaccionarios, se convierte nuevamente en realista; persigue encarnizadamente a los republicanos, ama el dinero y los títulos nobiliarios; llega a convertirse en Duque de Otranto y acumula una de las riquezas más grande de su época, es expulsado de Francia por el rey que le debía la corona, y va a morir oscuramente en Austria, repudiado y olvidado de todos. Víctima de su propia intriga, y de la traición, que fueron las características de su espíritu, y el juego apasionado y dramático de su vida.

EL VALOR DE LANJUNAIS

Los girondinos habían sido derrotados y, como natural consecuencia de aquel ambiente borrascoso en que se determinó su caída, la intriga se oponía a todo intento de reacción y hasta buscaba en ellos a las víctimas propiciatorias para acabar con el resto de independencia que se conservaba en la convención, a la que se quería sojuzgar a toda costa; Varlet, mediocre y cruel, llegó a proponer una serie de asesinatos individuales, y reforzaba sus palabras con documentos falsos -ad hoc- preparados para acusar de traición a la gironda.

Lanjuinais, austero bretón, hijo de una honesta familia de Rennes, abogado, opositor en Bretaña al antiguo orden de cosas, había ganado con sus primeros éxitos parlamentarios una curul en el tercer estado. Profundamente cristiano, de su credo derivaba una aspiración política hacia la igualdad y una tendencia marcada a defender la justicia y la verdad, cuando se encontraban éstas desamparadas; en él había madera de héroe, un valor a toda prueba, basta contra la fuerza inconsciente y bestial de la masa.

No era girondino ni había participado en los sucesos del 20 de julio y 10 de agosto pero reaccionaba encolerizado contra la presión del pueblo y de "la montaña". Con ese espíritu habló en la convención negando la existencia del decreto que destituyó a la "comisión de los doce", o reclamando que se derogase; más tarde, aun se hermosea su actitud, dando inicio a la furia del pueblo desbordado.

Sesionaba la convención sin libertad, en un cerco de afiladas bayonetas, entre caras toscas, gestos amenazadores y gritos destemplados, conforme al proyecto de bloqueo de Marat, que situaba frente a la representación del pueblo las bocas de sus cañones y la callada expectación de todo un ejército, presto a intervenir como poderoso argumento para rendir la voluntad de la asamblea.

"Abajo Lanjuinais!" gritaron las tribunas, cuando aquel se paró, el primero, para tomar la palabra; Turreau, Drouet y Robespierre se lanzan a arrancarlo de la tribuna y hasta le apoya Legendre el cañón de la pistola contra la sien, pero no se inmuta y comienza imprecando: ¿Qué habéis hecho de la dignidad de la convención?

Apenas ha dicho unas cuantas frases y la turba avanza hacia él amenazante, arrastrando la resistencia de los guardias y mujeres.

Allí el ademán homicida sin recato, el insulto soez, las vociferaciones más conminatorias, y aun el relucir insensato de los puñales. Nada de eso oye ni mira Lanjuinais, habla con reposo y energía; no sólo desprecia el peligro hasta parece que le divierte y que siente en parte cólera y en parte conmiseración por aquella muchedumbre ignara:

"Creo haber demostrado tener hasta ahora bastante energía para que no esperéis de mí suspensión ni dimisión".

Y cuando todas las tribunas, "y la montaña" y el pueblo que aullaba afuera quieren aplastar su altivez con injurias y amenazas, crece en la tribuna para llenar un silencio de siglos con estas palabras: "Cuando los antiguos sacrificadores arrastraban las víctimas al altar para sacrificarlas, las coronaban de flores y cintas!... ¡Villanos!... ¡No las insultaban!..."

Y el pueblo soltó los puñales y bajó avergonzado la cabeza.

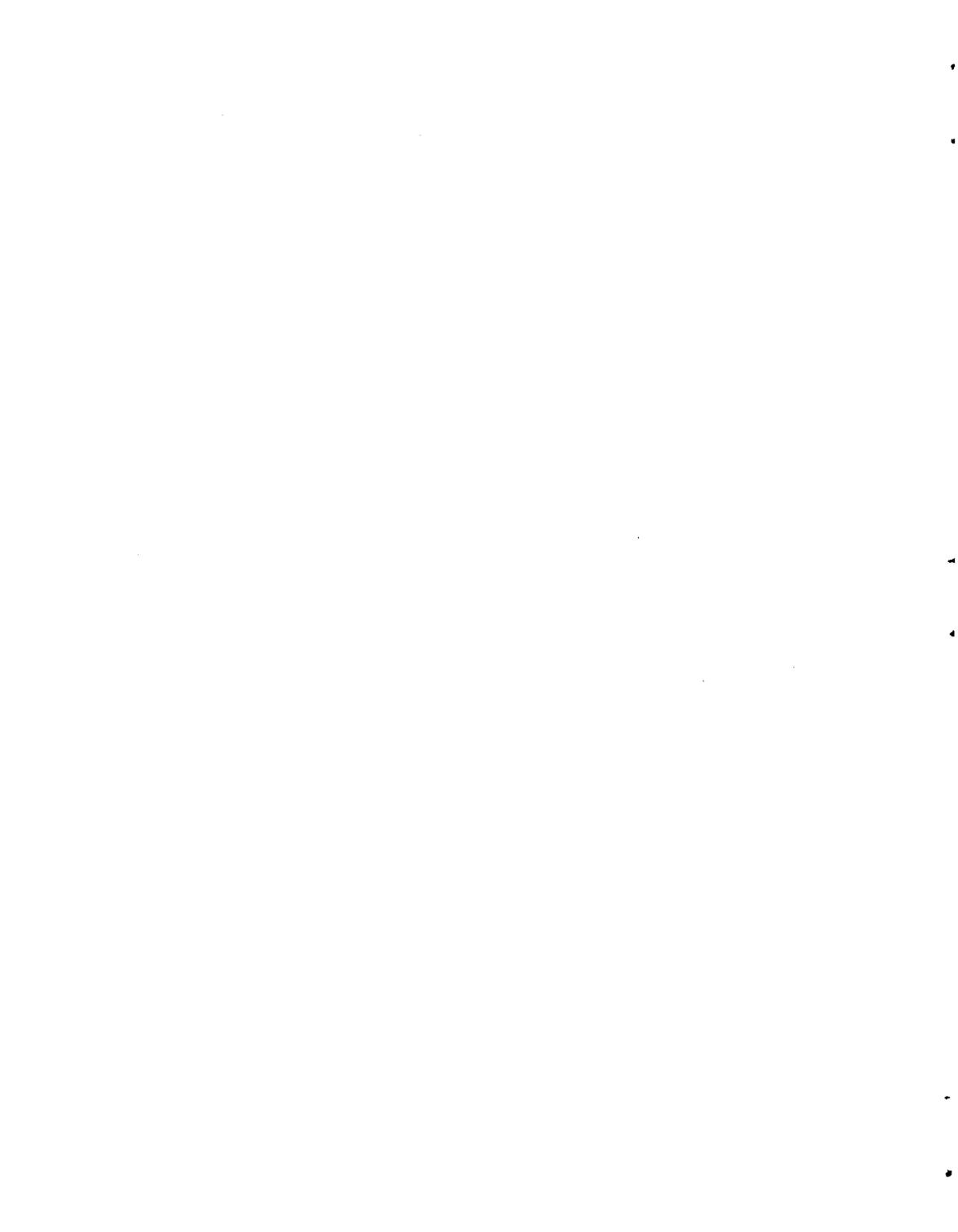
EL GENIO DE LOS GIRONDINOS

Verniaud --¿para qué agregar su nombre de pila?-- estaba maduro para la hazaña y el sacrificio, tenía los treinta y tres años de Cristo; dice de él Lamartine que es el genio de los Girondinos, grupo en que Brissot es el publicista y Petthien resalta su popularidad.

Verniaud no quería el poder sino la gloria; le interesan más los principios que la realidad; ama las figuras que en la antigüedad sobresalen por el intelecto y el heroísmo; tenía un gran corazón de francés con anhelos y reminiscencias de hombre helénico; toda su actividad la gasta en buscar un lugar cómodo en la historia de Francia y una pose descansada y elegante para pasar ungido por su propio valer a la posteridad. Hasta cuando se alza sobre la multitud a la altura trágica de la guillotina, sus miradas se pierden más allá, hacia ese mundo sin fronteras ni término de la celebridad. Su cabeza rueda con gran dignidad por las gradas del cadalso y la historia le toma una instantánea escalofriante, antes de recogerla para pesar su voluminosa masa encefálica.

Una frase suya en la asamblea nos permite reconstruir el temperamento de aquel hombre, con las características que le hemos atribuído, en el correr del discurso dijo: "Además, los reyes extranjeros no se atreven a atacarnos porque saben que no hay Pirineos para el espíritu filosófico que nos ha inspirado la libertad, tiene miedo de enviar sus soldados a una tierra encendida con este fuego sagrado, y les sobrecoge de espanto la idea de que en una batalla los hombres libres de todos los países reconozcan y formen de todos los ejércitos un sólo pueblo de hermanos, dispuestos a combatir a sus tiranos. Pero si al fin necesitamos medir nuestras fuerzas, recordemos que un millar de griegos, defendiendo la libertad, triunfaron de un millón de persas".

Después iba a repetir parecidas palabras y el mismo concepto Napoleón Bonaparte, sobre todo cuando combatía en sus gloriosas campañas de Italia, teniendo el honor histórico de ser su antecesor aquel humilde abogado de Burdeos que robustecía con su espíritu republicano de la gironda.



FOUQUIER

La "boca de hierro del terror", así le llamaban; y su paso por las calles de París causaba a todos un calosfrío de quietud y repugnancia. Por ese tiempo la guillotina era una fuente que manaba sangre todos los días, y en una espaciosa hoya, insaciable abismo de fauces siempre abiertas, del cementerio de Mousseaux, caían las cabezas en cruentos racimos. ¿Era, pues, la libertad, un tonel de las Danaides que los franceses tenían que llenar con su propia sangre?

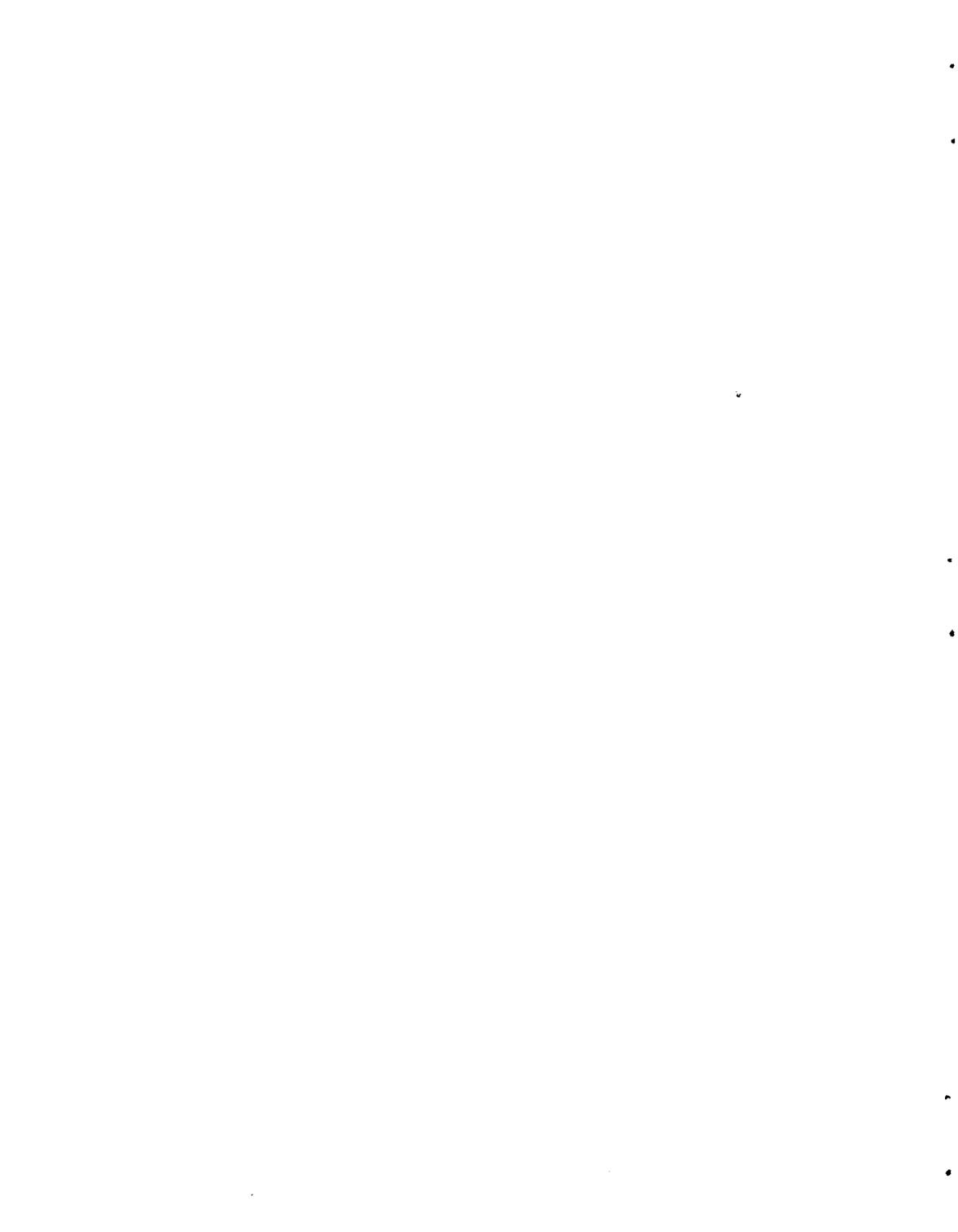
Metido hasta las rodillas en un mar de legados de papel, todo su traje salpicado en sangre, Fouquier-Tinville cruza siniestramente el escenario de la revolución; su palabra tiene tonos metálicos, acerados, sus frases son como hoces que pasan segando cabezas; su intimidad con la delación lo hace marchar un poco agachado, en actitud de escuchar una confidencia, sus ojos lo inquieran todo con malicia, ganzúas de almas.

Es un proceso de la acusación; su índice inexorablemente extendido no se detiene ni a la vista del pariente, ni del compañero de infancia, ni del amigo, y hasta que señale una cabeza para que ésta caiga al día siguiente en la plaza de San Antonio, rebotando grotescamente por las gradas de la guillotina hasta los pies del pueblo.

Es verdad que por entonces era suficiente que se ordenase la acusación de alguien para que éste dispusiera sus asuntos de última voluntad, como desahuciado por el médico; pero en todo caso allí está Fouquier-Tinville para llenar el trámite, para acumular las pruebas para dar el empujón fatal a la víctima que empieza a perder el equilibrio. Es un animal de presa y rastrea, a la menor indicación del amo, con fino olfato y dientes felinos. En veces es necesario hacer incursiones en los terrenos prohibidos de la vida privada, recurrir a la falsedad, comprar testigos, estirar las consecuencias del más sencillo e insignificante hecho, pero al día siguiente se leerá la acusación y con su voz ficiosa pedirá "Fouquier-Tinville unas cuantas cabezas más.

Los acontecimientos se desenvuelven en torno de él; caen los hombres a quienes de pronto el destino traiciona; entusiasmo y astucia, inteligencia y pasión, patriotismo y ambición, juegan a los azares de la vida; y todo pasa, se decolora, se deforma, enmudece, en constante fugacidad; sólo Fouquier-Tinville perdura en su siniestro sitio, vil instrumento en manos de los que detentan el poder, hoy acusa a sus protectores de ayer y mañana perderá a sus jefes actuales.....

Pero un día --¿recuerdas Fouquier-Tinville?--, después de que el viejo Fenelón subió con pasos reumáticos las gradas siniestras, cuando Collot te previno que el pueblo se estaba aburriendo y que era indispensable darle ciento cincuenta cabezas diarias --¿recuerdas?--, pensaste que también a tí te podría arrastrar la corriente --¿recuerdas?--, y temblaste, Fouquier-Tinville.



MALESHERBES

El anciano abogado don Cristián Guillermo Lamoignon de Malesherbes estaba orgulloso de sus apellidos; los Lamoignon tenían prestigio tradicional, ganando por servicios a la nación en altas magistraturas, independientemente de favores de la gente que su orgulloso espíritu había rehusado.

Vivía en los alrededores de París después de ser dos veces ministro de Luis XVI y en ocasiones, recordaba al soberano que existe un poder regulador, superior a la voluntad del rey: los imperativos de la opinión pública, poder que habría de acrecentar la revolución. Liberal y filósofo, se adelantaba como precursor de las ideas libertadoras y su actitud enérgica y hasta rebelde fue castigada con destierro y otros sufrimientos por el clero y la nobleza, entonces engréidos de su poderío.

Ese viejo de 74 años, de quien Lamartine dijera que era un principio vivo de la justicia y que hombres como él hacían incesarias las leyes, era republicano de nacimiento, con un noble sentido filosófico de la democracia al que repugnaban las deficiencias y extralimitaciones de la práctica; pero guardaba cariño por Luis XVI y hasta había cifrado en éste caras esperanzas, creyendo que el carácter del monarca se prestaba a favorecer una evolución exenta de sangre y dolores.

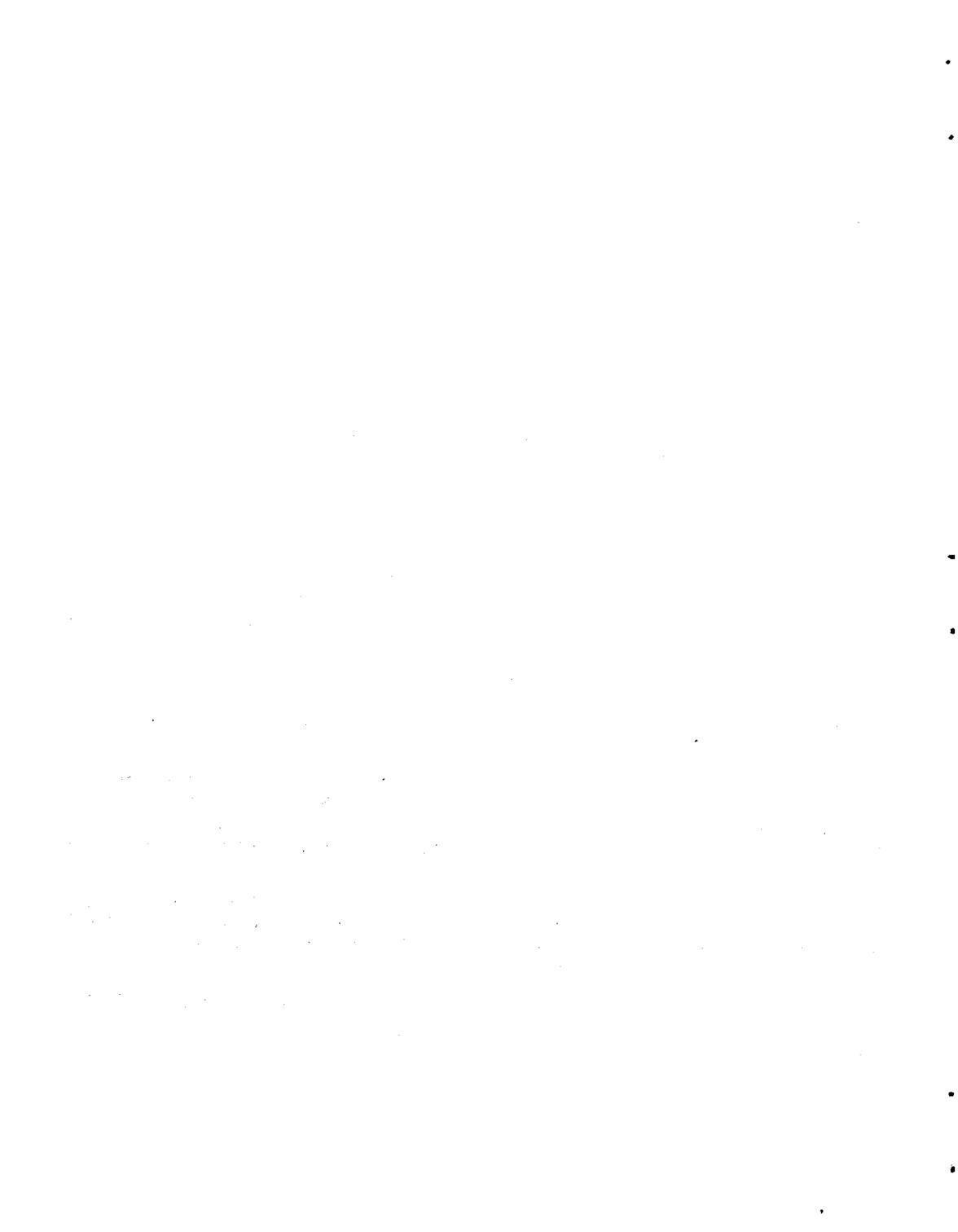
Causó, pues, gran sensación, saber que Malesherbes se ofrecía para defender al rey hasta lo deseaba ardientemente; con la humildad que le era característica, pero dejando entrever la sinceridad y entereza con que estaba dispuesto a desempeñar su cometido, el respetable anciano impone su gesto de valor y de nobleza espiritual.

Tuvo para Luis grandes atenciones, solícitos cuidados, que se imponían a los más encarnizados enemigos del rey, cediendo algunos impacientes a quienes se hacía tarde para ver caer la cabeza del "criminal" y protestaban contra las dilaciones que implica un proceso y las trabas que constituye toda defensa.

En los propios corredores del Tribunal, donde sólo se veían caras foscas, se oían imprecaciones y destemplados juicios, en un medio exacerbado por el apasionamiento político al saltar del despotismo un pueblo largamente oprimido, resaltada la figura magna del anciano Malesherbes. Estaba tranquilo, sereno y fuerte, como siempre asesorado por su espíritu filosófico y justiciero.

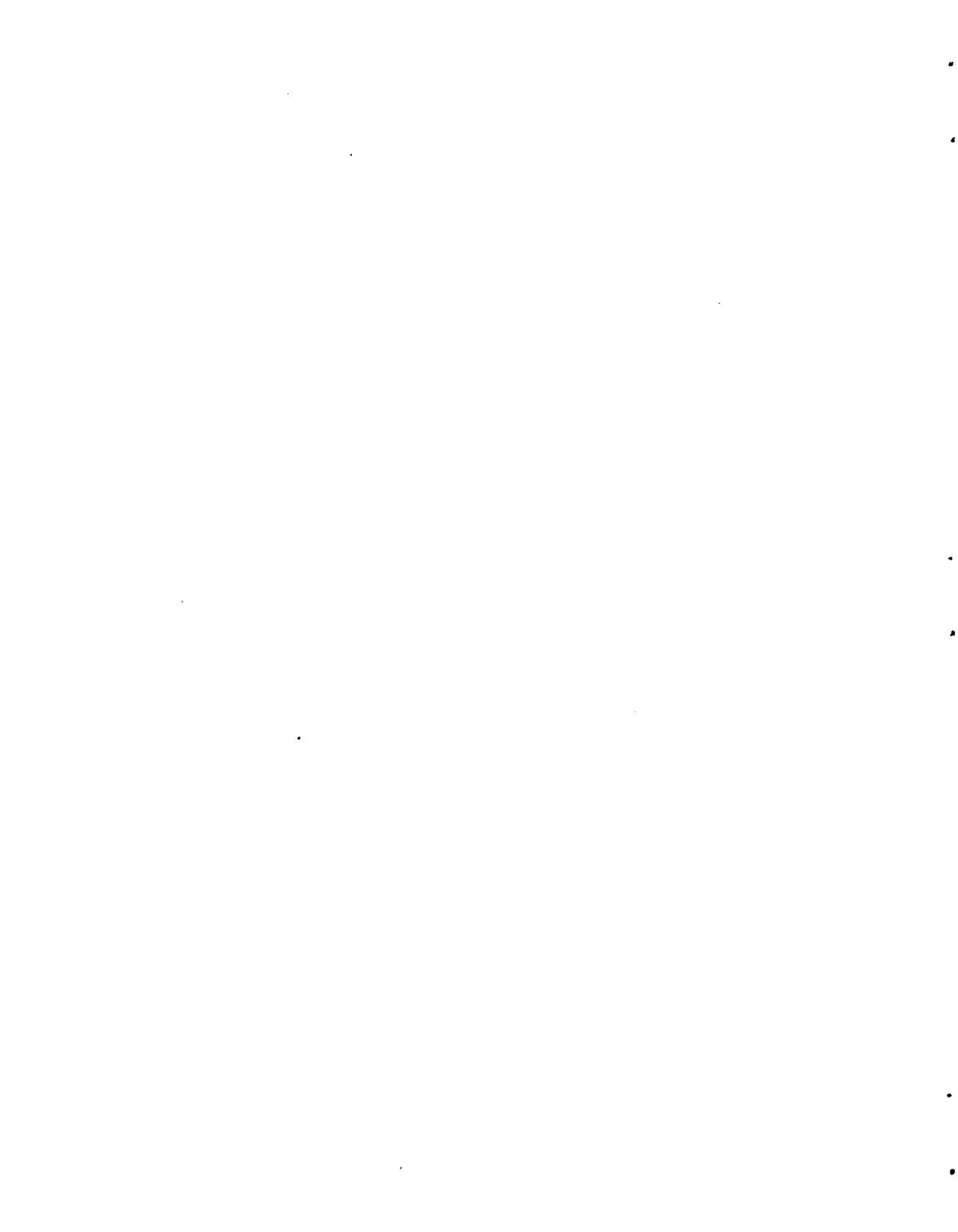
Basta un detalle para trazar con una sola pincelada la gran alma de Malesherbes, a saber: trataba al rey con gran deferencia y como en pleno edificio del tribunal, diera a Luis XVI el apelativo de majestad, lo oyó Treillard y protestó diciendo: "¿Cómo tenéis la audacia de dar aquí títulos proscritos por la nación?"

Y el viejo magistrado, cortó de un tajo: "Desprecio la vida", para seguir hablando indiferentemente con el rey.



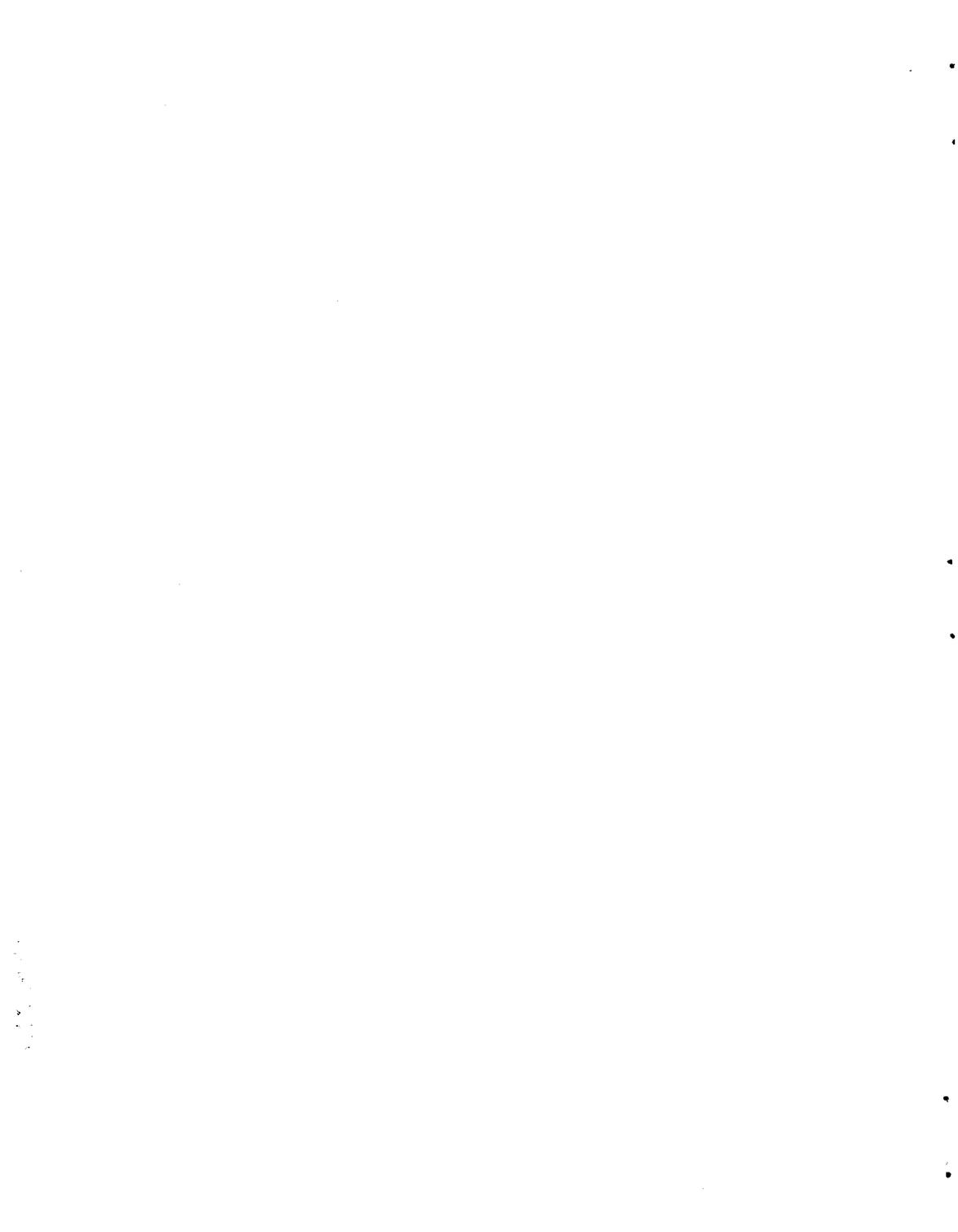
Lic. Horacio Cabezas

**REVOLUCION FRANCESA Y ABOLICION DE LA
ESCLAVITUD:
SU PROYECCION EN EL REINO DE GUATEMALA**



CONTENIDO

	Páginas.
INTRODUCCION	53
1- ESCLAVITUD Y CONCEPCIONES IDEOLOGICAS	55
1.1 Ideólogos defensores	55
1.2 Ideólogos opositores	56
2- ABOLICION DEL SISTEMA ESCLAVISTA	57
2.1 Independencia norteamericana y esclavitud	57
2.2 Revolución Francesa y esclavitud	58
3- ABOLICION DE LA ESCLAVITUD EN CENTROAMERICA	61
3.1 La esclavitud negra en el Reino de Guatemala	61
3.2 Presencia de negros franceses en Centroamérica	63
3.3 Proceso independentista y abolición de la esclavitud	65
A MODO DE CONCLUSION	67
BIBLIOGRAFIA	69
DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE CENTRO AMERICA	71



INTRODUCCION

El análisis e interpretación del proceso histórico contribuye a la mejor comprensión de nuestro presente. Es por esto que la Revolución Francesa, como otros grandes hitos históricos, seguirán siendo estudiados para entender mejor cómo se han ido superando relaciones sociales denigrantes e inhumanas, y forjando relaciones sociales cada vez más justas.

El presente trabajo -REVOLUCION FRANCESA Y ABOLICION DE LA ESCLAVITUD: SU PROYECCION EN EL REINO DE GUATEMALA- analiza las repercusiones de la Revolución Francesa en Centro América desde una perspectiva poco estudiada, como es su influencia en sectores populares. La idea central que se defiende es que algunos sectores populares que apoyaron buena parte de las sublevaciones que se dieron en el proceso independiente -milicias de negros y mulatos- lo hicieron conscientemente, en favor de sus propios intereses, influenciados por las noticias de lo que acontecía en Haití, donde negros y mulatos -en el contexto de la Revolución Francesa- conquistaba la libertad e igualdad ciudadana. Ciertamente, los planteamientos que se presentan son una primera aproximación que pueden servir de base para investigaciones de mayor amplitud.

El primer capítulo muestra en líneas muy generales, lo que han sido, a lo largo de la historia, las ideologías defensoras y opositoras del sistema esclavista. El segundo explica las diferentes luchas -parlamentarias e insurreccionales- que hicieron posible la abolición de la esclavitud en la Francia revolucionaria. Finalmente, en el tercer capítulo, en base a fuentes documentales del Archivo General de Centro América, se analiza la influencia de "negros haitianos republicanos" en el proceso independentista centroamericano.

Esta investigación es parte de los homenajes que la ESCUELA DE CIENCIAS DE LA COMUNICACION DE LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA realiza en conmemoración del SEGUNDO CENTENARIO DE LA REVOLUCION FRANCESA.

Confiamos que cuantos lean el presente trabajo reflexionen en cómo la población trabajadora ha ido conquistando su derecho a vivir dignamente. La Revolución Francesa es una prueba de ello.



ESCLAVITUD Y CONCEPCIONES IDEOLÓGICAS

A lo largo de la historia de la humanidad, los sistemas esclavistas, que redujeron al ser humano a una condición peor que la de la mayoría de los animales, tuvieron sus ideólogos y concepciones sociales para defender como algo natural tal tipo de relaciones sociales. La crítica y oposición a tal sistema sólo comenzó a manifestarse tardíamente, a principios del siglo XVI, cuando algunos frailes dominicos condenaron las acciones de los españoles que esclavizaban a los naturales de las Antillas y regiones continentales de América.

1.1 IDEÓLOGOS DEFENSORES

El sistema esclavista ha sido defendido y justificado tanto por concepciones filosóficas como religiosas. En la antigüedad clásica griega, la escuela socrática consideró que el esclavo tenía la misma utilidad que un animal de tiro; Platón escribió que los esclavos no son capaces de desarrollar una vida moral virtuosa, que "son gente poca digna de formar parte del Estado, más robusta y hábil para el trabajo" (Dyinnik 1962-1;99); Aristóteles señaló que el esclavo es un instrumento y un bruto que debe cuidarse más para beneficio de su poseedor que suyo, que las clases más bajas de la humanidad son esclavas por naturaleza, y es mejor para ellos, como para todos los inferiores, el poder vivir bajo el dominio de un dueño, Jenofonte dijo que los esclavos deben esperar tres cosas de sus amos: trabajo, alimentos y maltratos (Langellé 1971: 7,23,26).

El escrito fundamental del cristianismo, el Nuevo Testamento, no se apartó de la concepción clásica grecorromana sobre la esclavitud, señalando al respecto:

"Esclavos, obedezcan ustedes a los que aquí en la tierra son sus amos. Háganlo con respeto, temor y sinceridad, como si estuvieran sirviendo a Cristo. Sirvanles, no solamente cuando ellos los están mirando, para quedar bien con ellos, sino como siervos de Cristo haciendo de todo corazón la voluntad de Dios. Realicen su trabajo de buena gana, como un servicio al Señor, y no a los hombres. Pues ya saben que cada uno, sea esclavo o libre, recibirá del Señor según lo que haya hecho de bueno" (Ef. 6: 5-6).

"Los que están sometidos a esclavitud deben considerar a sus amos como dignos de todo respeto, para que no se hable mal del nombre de Dios ni de nuestra enseñanza. Y si algunos tienen amos creyentes, que no dejen de respetarlos por ser sus hermanos en la fe. Al contrario, deben servirlos mejor todavía, porque los que reciben sus buenos servicios son creyentes y hermanos amados" (1 Tim. 6:1-2)

Es decir, no hay condena alguna de la esclavitud, sino que más bien la acepta como algo normal, como "voluntad de Dios".

Durante la Edad Media, sus pensadores más insignes -San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino- continuaron en la defensa y justificación del sistema esclavista. San Agustín dijo al respecto que la esclavitud es un castigo impuesto con justicia al pecador, que los esclavos no deben desear la libertad, sino seguir sirviendo pues Jesucristo no los llama a la libertad terrena. Santo Tomás de Aquino, por su parte, señaló que el esclavo es un objeto de su amo y que por ello entre amo y esclavo no hay justicia propiamente dicha; si bien admite que el esclavo es un hombre que tiene parte de razón, añade en seguida que está enteramente privado de voluntad; sólo es un cuerpo (*soma*) y su alma en su señor, al cual, por tanto, está

absolutamente sometido; que es útil para el esclavo et ser gobernado por uno más sabio y es útil a este último el valerse del esclavo (Dynnik 1-62-I: 114; Langellé 1971: 17, 18).

1.2 IDEOLOGOS OPOSITORES

Desde las primeras décadas del siglo XVI, algunos frailes dominicos comenzaron la lucha por condenar como injustas las acciones de los españoles, que esclavizaban a los naturales de las regiones recién descubiertas, a pesar de que éstos los habían recibido en paz y con múltiples manifestaciones de hospitalidad, como la confirma la primera carta del Cristobal Colón.

Fueron ellos Antonio de Montesinos, Fernando de Minaya y en especial BARTOLOME DE LAS CASAS. Este último consiguió en 1537 que el Papa Paulo III reconociera, por medio de la Bula Sublimis Deus, que los naturales de América eran seres humanos; lo que constituyó un primer triunfo contra los defensores de la esclavitud que señalaban que los naturales de América no eran seres humanos y que por ello era lícito esclavizarlos. En 1522 logró a su vez que la corona española promulgase las LEYES NUEVAS, en las que se prohíbe la esclavitud de los indios. La lucha, empero, no fue nada sencilla, pues tuvo que enfrentarse a una gran cantidad de teólogos y en especial a Juan Ginés de Sepúlveda, principal apologista del sistema esclavista colonial; éste sostenía que para cristianizar a los indios la guerra era un medio lícito y razonable; apoyándose además en Aristóteles pretendía a su vez demostrar que los indios estaban predestinados por naturaleza a la sumisión, al revés que los españoles, más hechos para dominar. Bartolomé de Las Casas, por el contrario, en su Brevísima Relación sobre la Destrucción de las Indias denunció y fustigó con vigor las ferocidades y la violencia de los conquistadores contra los indios, el saqueo de sus bienes y la expropiación de sus tierras; exigió que los indios fueran liberados del yugo español, y planteó, en los últimos años de su vida, que les fuesen devueltos los bienes robados y que los españoles abandonaran las colonias. Ciertamente Las Casas, en determinado momento de la polémica, recomendó sustituir la esclavitud de los indios con la importación de negros de África; opinión que posteriormente en su Historia de las Indias rectificó, al reconocer que era tan injusto el cautiverio de los negros como el de los indios (Grigulevich 1984: 41-43).

Después de fray Bartolomé de Las Casas tenemos que esperar hasta el siglo XVIII, con la Ilustración, para que surjan concepciones sociales que demuestren lo irracional del sistema esclavista. Montesquieu en su Espíritu de las Leyes critica el derecho que se han arrogado los europeos para convertir a los negros en esclavos. Voltaire en el Ingenuo habla de la capacidad y superioridad intelectual del buen salvaje, el esclavo, a la de muchos hombres civilizados. El abate Reynal, por su parte, predecía a los negros la venida de un nuevo Espartaco (Langellé 1971:97).

ABOLICION DEL SISTEMA ESCLAVISTA

Durante el siglo XVIII se desarrollaron dos revoluciones -la norteamericana y la francesa- que institucionalizarán el nuevo orden económico, social y político del mundo occidental -el sistema capitalista-; en cuyo contexto se gestará el proceso de abolición de la esclavitud.

2.1 INDEPENDENCIA NORTEAMERICANA Y ESCLAVITUD

La Revolución de las 13 Colonias, en su Declaración de Independencia, al formular los derechos fundamentales del hombre, no plasma aspectos genuinos del espíritu de dicha revolución, que habían sido expuestos con anterioridad por el Primer Congreso Continental y la Convención de Virginia.

El Primer Congreso Continental, en efecto, había aprobado, en relación a la esclavitud, el texto siguiente:

"Nosotros no importaremos esclavos ni adquiriremos esclavos importados a partir del primero de diciembre (de 1774), fecha en la que pondremos fin por completo a todo comercio de esclavos. No sólo cesaremos ese comercio sino que no fletaremos nuestros barcos a quienes se dediquen a él; ni siquiera venderemos nuestras mercancías o productos a quienes lo practiquen" (Deborín 1981:23).

La Convención de Virginia, por su parte, había establecido:

"Todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes y poseen determinados derechos innatos de los que, al entrar en relación o al formar sociedad, no pueden privar en modo alguno a su descendencia. Tales son el derecho y la vida a la libertad, a la garantía de poder adquirir y poseer bienes, y de procurarse y gozar de la felicidad y la seguridad " (en Deborín 1981:26; subrayado es mío).

Es más al declararse la independencia no se tomó en cuenta lo referente a la esclavitud, que en el borrador de declaración hecho por Thomas Jefferson, estaba planteado en la forma siguiente:

"El desató una guerra cruel contra la propia naturaleza humana, violando los derechos más sagrados a la vida y a la libertad de un pueblo distante que jamás le ofendió en nada, capturándolo y llevándolo en esclavitud a otro hemisferio, o condenándolo a una miserable muerte al transportarlo allí. Esta guerra de piratería, oprobio de las potencias infieles, es la guerra del cristiano rey de Gran Bretaña (determinado a abrir un mercado donde los hombres fuesen vendidos y comprados). El ha prostituido su derecho de veto, reprimiendo, todo intento legislativo de prohibir o restringir este execrable comercio, determinado a tener un mercado donde los hombres fueran comprados y vendidos; y para que este conjunto de horrores fuera más completo, ahora incita a esos mismos hombres a levantarse con las armas en la mano contra nosotros y a comprar la libertad que él les quitó, matando a los hombres a los que él mismo obligó a proceder así, pagando de esta forma los crímenes cometidos contra las LIBERTADES de un pueblo con crímenes que él obliga a cometer contra las vidas de otros" (en Deborín 1981:31)

El Acta de Independencia de las 13 Colonias se limitó, sin embargo, a decir:

"Que todos los hombres nacen iguales, que a todos les confiere el Creador ciertos derechos

inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la busca de la felicidad".

Es decir, que los independentistas de las 13 Colonias declararon solamente de iure la LIBERTAD como algo inalienable al ser humano, obviando todo lo referente a la esclavitud. Los resultados de la revolución no fueron "la vida, la libertad y la propiedad" en cuanto tales, para todos los habitantes sin excepción. Los esclavos de las 13 Colonias van a tener que aguardar hasta 1862, cuando Abraham Lincoln decreta su emancipación.

2.2 REVOLUCION FRANCESA Y ESCLAVITUD

Cosa diferente aconteció en Francia revolucionaria. La monarquía francesa había basado, en gran parte, su poderío económico y político más que en la explotación del trabajo servil, en la de decenas de miles de esclavos en distintas islas del Caribe, siendo su principal asiento negrero el que tenía en la parte occidental de Santo Domingo (Haiti).

Con el triunfo de la Revolución Francesa en julio de 1789 y la proclamación que hicieron el 5 de octubre del mismo año de los DERECHOS DEL HOMBRE -que plantean que los hombres nacen y permanecen siempre libres e iguales en lo concerniente a sus derechos, que la finalidad de todas las asociaciones políticas es la preservación de los derechos naturales e imprescriptibles como son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión-, en Haití todos los sectores sociales quisieron ser libres pero a su manera, especialmente los blancos que pretendieron independizarse políticamente de Francia, pero sin cambiar el status de negros y mulatos, fuesen éstos esclavos, libertos o cimarrones.

La Revolución Francesa, durante sus primeros dos años, abatió el orden feudal imperante, basado en relaciones serviles de producción en todo el país; pero la organización del nuevo poder se vio de inmediato sujeta a las contradicciones entre la burguesía, la pequeña burguesía y el pueblo trabajador de la misma Francia, dejando sin modificar lo referente a la situación de los negros y mulatos en las colonias. En efecto, los legisladores, para atraerse a los dueños de plantaciones que amenazaban con separarse y también a los armadores y refinadores de azúcar, mantuvieron la esclavitud y la trata de negros (Lefebvre 1973:65).

Serán pues los mismos negros y mulatos "libertos" los que iniciarán una ardua lucha política ante la Asamblea Nacional Constituyente de Francia para que les fuesen reconocidos sus derechos civiles. Ciertamente en su seno encontraron el apoyo solidario y combativo de Robespierre, Danton, Brissot, Desmoulines, Condorcet y otros; sin embargo, el pleno era dominado en ese momento por los intereses de sectores que tenían muchas propiedades en las colonias. Así la Asamblea amplía los derechos de los libertos al decretar en 1790, ciertamente en forma muy tímida, que podría ser elector "todo hombre adulto propietario de inmueble, o a defecto de tal propiedad, domiciliado en la parroquia desde dos años y pagando una contribución (Cesaire 1967:112. El decreto, empero, no se cumplió pues los blancos de la isla no sólo hicieron caso omiso del mismo, sino que por el contrario "enjuiciaron" a su promotor el muiato Vincet Ogé y seguidores, condenándolos a morir a garrote vil en la plaza pública, lo que se llevó a cabo el 25 de febrero de 1791.

Esta fue la chispa para que negros "libertos" y esclavos desatasen una amplia insurrección en pro de su libertad. Será en estas luchas que se forjará la recia personalidad de TOUSSAINT LOUVERTURE, principal artífice de la emancipación de los esclavos de Haití.

Al tenerse conocimiento en la Asamblea Nacional Constituyente de los acontecimientos

sangrientos que ocurrían en la isla de Haití, vuelven a discutir la situación de los negros en general, en mociones presentadas por Robespierre, Brissot y Desmoulines, triunfando una vez más los intereses de los propietarios, pues sólo acordaron mejorar la situación de los "libertos" en mayo de 1792:

"Los hombres de color y negros libres -dice- serán admitidos a votar en todas las asambleas primarias y electorales y serán elegibles en todas las plazas".

La suerte de los esclavos seguía igual. Sin embargo, para mejorar la conflictiva situación de la isla dispusieron enviar a sustituir en julio de 1792 a las autoridades civiles y militares. El resultado, empero, fue el inicio de una guerra civil de negros y mulatos contra colonos blancos, y de blancos entre sí -colonos versus revolucionarios-, pues los colonos se oponían a cualquier medida que favoreciese a mulatos y negros y modificase el status quo (Cesaire 1967:150,202).

España e Inglaterra aprovecharon las circunstancias, los primeros tratando de atraerse a negros y mulatos esclavos, reconociéndolos como súbditos libres del rey -situación igual a la de los indígenas, pero muy inferior a la de los españoles- si se escapaban a sus colonias -La Española y Cuba-, y los ingleses a los blancos, pues pretendía apoderarse de la colonia francesa, sin modificar en nada el sistema imperante.

Ante tan difícil situación, las autoridades francesas revolucionarias, residentes en la isla, tuvieron que buscar el apoyo de esclavos y libertos, decidiendo aceptar sus demandas de libertad e igualdad y reconocerles los derechos plenos a todo ciudadano, si lograban derrotar el amotinamiento de los colonos blancos. 20,000 esclavos, bajo la conducción de Toussaint Louverture, respondieron al llamado y gracias a ellos las fuerzas francesas, dirigidas por Sonthonax, vencían en junio de 1793 a los rebeldes que huyeron hacia Estados Unidos y colonias españolas.

Las autoridades francesas insulares cumplieron con lo ofrecido y el 29 de agosto de 1793 declaraban la abolición de la esclavitud en Haití:

"Los hombres -declaraba Sonthonax- nacen y permanecen libres e iguales en derecho. He ahí, ciudadanos, el evangelio de la Francia. Ya es hora de que sea proclamado en todos los departamentos de la República. Enviados por la nación, en calidad de comisarios civiles a Santo Domingo nuestra misión era hacer ejecutar la ley del 4 de abril, hacerla cumplir en toda su fuerza y preparar gradualmente, sin violencia ni conmoción, la emancipación de los esclavos... Nuestros poderes no se extendían hasta el punto de poder pronunciamos sobre la suerte de los africanos, y hubiésemos sido perjuros y criminales si hubiéramos violado la ley".

"Hoy las circunstancias han cambiado grandemente, ya no existen ni los negreros ni los antropófagos. Unos han perecido víctimas de su rabia impotente, otros han buscado su salvación en la fuga y en la inmigración. El resto de los blancos es amigo de la ley de los principios franceses. La mayor parte de la población está formada por hombres del 4 de abril, de esos ciudadanos a quienes debéis vuestra libertad y que han sido los primeros en daros ejemplo de temple en defender los derechos de la naturaleza y de la humanidad; de esos hombres que, orgullosos de su independencia, prefirieron la pérdida de sus propiedades a la vergüenza de volver a usar sus antiguos hierros. Nunca olvidéis, ciudadanos, que de ellos tenéis las armas que os han conquistado la libertad. Jamás olvidéis que habéis combatido por la República Francesa; que, de todos los blancos del universo, los únicos que son vuestros amigos, son los franceses de Europa".

"La República Francesa quiere la libertad y la igualdad entre todos los hombres, sin distinción de color. Sólo son los reyes los que se complacen en medio de sus esclavos. Son ellos los que, en las costas de Africa os vendieron a los blancos; son los tiranos de Europa los que quisieran perpetuar tan infame tráfico. La República os adopta en nombre de sus hijos; los reyes no aspiran más que a cubrirnos de cadenas o a aniquilaros.

En fe lo cual decreto:

- Art. 1 La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano será impresa, publicada y expuesta en donde sea necesario, a la diligencia de las municipalidades y burgos y de los comandos militares en los campamentos y puestos.
- Art. 2 Todos los negros y mestizos actualmente en estado de esclavitud son declarados libres y gozarán de todos los derechos adscritos a la cualidad de ciudadanos franceses" (Cesaire 1967:259).

Así los esclavos de Haití se habían forjado para siempre su libertad con las armas en la mano, antes que la Asamblea Nacional Constituyente decretase la abolición de la esclavitud. Es más será su acción liberadora la que creará las condiciones para que ésta tome decisión de tanta trascendencia.

La Asamblea Nacional Constituyente tardó en aceptar lo contecido en Haití y ratificar la nueva situación alcanzada por la gente de color, declarando la abolición de la esclavitud para todas las colonias. Encendidos alegatos se dieron en la Asamblea en torno a esta cuestión. Danton al respecto expuso:

"Hemos deshonrado nuestra gloria truncando nuestros trabajos. Los grandes principios expuestos por Las Casas fueron ignorados. Trabajamos para las generaciones futuras, lancemos la libertad a las colonias; hoy día el inglés está muerto. Sembremos la libertad en el nuevo mundo, que dará frutos abundantes, echará raíces profundas. En vano, Pitt y sus cómplices querrán por consideraciones políticas alejar el disfrute de ese beneficio, serán sumidos en la nada; Francia va a ocupar de nuevo el rango y la influencia que le aseguran su energía, su suelo y su población. Nosotros mismos disfrutaremos de nuestra generosidad, PERO NO LA EXTENDEREMOS MAS ALLA DE LOS LIMITES DE LA PRUDENCIA. Abatiremos a los tiranos como hemos aplastado a los hombres pérfidos que querían hacer retrogradar la revolución. No perdemos nuestra energía; lancemos nuestras fragatas, estamos seguros de las bendiciones del universo y de la posteridad y decretemos la expedición de las medidas tomadas al examen de los comités" (Cesaire 1967:266).

Pero en el seno de la Asamblea había también los defensores del sistema esclavista como Malquet que defendía en su MEMORIA SOBRE EL TRATAMIENTO Y EMPLEO DE LOS NEGROS EN AMERICA el interés que tenían las colonias en explotar a los negros para mayor ventaja de la metrópoli (Langellé 1971:100).

Será hasta el 4 de febrero de 1794 -16 Pluvioso del año II- que la Asamblea Nacional Constituyente decreta la abolición de la esclavitud y la prohibición de la trata negra:

"La Convención Nacional declara abolida la esclavitud de los negros en todas las colonias francesas. En consecuencia, decreta que todos los hombres sin distinción de color, domiciliados en las colonias, son ciudadanos franceses y gozan de los derechos asegurados por la Constitución".

Pocos años duraría la Vigencia del decreto, pues al subir Napoleón Bonaparte al poder, mediante el golpe de Estado del 9 de noviembre de 1799 (18 Brumario), una de sus grandes preocupaciones fue conseguir que el senado decretase el restablecimiento del sistema esclavista en todas las colonias francesas. "Que se aplique de nuevo, y lo más posible" había dicho Napoleón (Langellé 1971:105).

Pero antes de reinstucionalizar el sistema esclavista, procedió de hecho a su restablecimiento cuando en diciembre de 1801 envió a Haití una poderosa flota de 23,000 hombres en 54 barcos con la orden de derrotar el poder negro, desembarazarse de Toussaint Louverture y restablecer la esclavitud y trata negrera conforme a las leyes y reglamentos anteriores a 1789 (Cesaire 1967:392). Dichas fuerzas lograron hacer prisionero a Toussaint; pero a cambio la insurrección negra más bien se incrementó, y en grado tal que vencieron militar y políticamente a dichas fuerzas, hasta hacerlos capitular el 19 de noviembre de 1803, expulsarlos de la isla y decretar el 28 de noviembre de 1803 la independencia política de Haití:

"En nombre de los negros y de los hombres de color, se proclama la independencia de Santo Domingo (Haití). Restituidos a nuestra dignidad primitiva, hemos asegurado nuestros derechos; juramos que nunca nos doblegamos ante ninguna potencia de la tierra (Cesaire 1967:412).

Francia sólo reinstaurará muy tardíamente (4 de marzo de 1848) el espíritu de la Declaración de los Derechos del Hombre, aboliendo en forma definitiva la esclavitud.

ABOLICION DE LA ESCLAVITUD EN CENTROAMERICA

La abolición de la esclavitud y trata negrera en Centroamérica va a estar ligada muy estrechamente con los grandes hitos de la Revolución Francesa, pues serán negros republicanos haitianos -de los que promocionaron la abolición de la esclavitud y la igualdad ciudadana ante la Asamblea Nacional Constituyente- los primeros en exponer y defender tales ideales en Centroamérica.

3.1 LA ESCLAVITUD NEGRA EN EL REINO DE GUATEMALA

El Reino de Guatemala -que estuvo conformado por lo que en nuestros días son Chiapas,

Soconusco, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica- tuvo a lo largo de su historia, en mayor o menor escala relaciones esclavistas que caracterizaron o convivieron con el sistema social imperante. Durante las primeras décadas de vida colonial, las relaciones esclavistas fueron, en efecto, las dominantes y se aplicaron tanto a indios como a negros. Sólo a partir de 1549, con la creación de la Audiencia de los Confines, la esclavitud se restringió a la población negra, mientras que a los indios se sometió a un sistema de servidumbre.

Los esclavos negros fueron desde entonces el soporte, en Guatemala colonial, de la actividad azucarera en los ingenios de los frailes dominicos y de los sacerdotes jesuitas (Gage 1987). El obispo Cortés y Larraz (1958-I:294-295) habla del ingenio de San Gerónimo (Baja Verapaz) de los frailes dominicos, que funcionaba básicamente con mano de obra esclava, con una producción promedio de 600 arrobas de azúcar mensuales. Explica también que los esclavos (alrededor de 1,000 según lo que le dijeron, pero que él considera ser mucho más) "trabajan con perfección todo género de oficios necesarios, como albañilería, carretería, carpintería y fundición de metales para calderas y cuanto ocurra".

Como las costas del atlántico centroamericano fueron objeto del saqueo periódico de piratas de distintas nacionalidades -ingleses, holandeses y franceses principalmente-, las autoridades coloniales mandaron construir, para contrarrestar tal situación, castillos en distintas partes del litoral -San Felipe, Omoa, Trujillo, Inmaculada Concepción (Nicaragua) y crear para su defensa milicias, las que estuvieron formadas en su mayoría de negros y mulatos, constituyendo el fijo de las guarniciones (García Peláez 1971-II:75; Gage 1987).

Otras actividades en las que estuvieron empleados los negros esclavos fueron la ganadería y el procesamiento del añil. El fraile dominico inglés, Thomas Gage (1987) escribe, a principios del siglo XVII, sobre la presencia de negros en las estancias ganaderas y obrajes añileros, "como gente desesperada que no tiene embarazo en atacar un toro, por lo que eran temidos". Eran, en realidad, especialistas en la doma de caballos, constituyendo los especialistas de las escuadras de caballería de las milicias.

La discriminación y maltrato, aunque no tan degradante como los que recibieron los indígenas -ya que muchos negros sirvieron como "calpixques", mayordomos, capataces, gente de confianza y guardespaldas de terratenientes y grandes comerciantes-, también fueron manifiestas. Se llegó hasta el extremo de prohibir a negros, pardos y mulatos vestirse galanamente con joyas y prendas, en especial a las mujeres porque éstas rivalizaban en hermosura a las blancas (García Peláez 1971-II:33).

El ansia de libertad, acicateada por la discriminación y el maltrato provocó, en forma constante, que los negros se escapasen a los montes, sacudiéndose así el yugo de sus dueños, y se coaligasen, formando grupos en rebeldía, para resistir a las autoridades coloniales. Fueron éstos los negros cimarrones que pudieron defender su libertad, derrotando las distintas acometidas armadas de los españoles. Vivían en las montañas camino al Golfo Dulce, en las laderas del volcán Cosigüina (Nicaragua), en marismas de Escuintla y San Vicente (El Salvador) (García Peláez 1971-II:28; MacLeod 1980:161).

Las autoridades coloniales vivieron en un temor constante a las revueltas de esclavos negros y, en especial, a que éstos se asociasen con indígenas en pro de la defensa de intereses mancomunados, pues pensaban que no sólo peligraría el statu quo, sino que hasta podrían perder el poder. Se conoce de alzamientos de negros, reprimidos violentamente, en San Pedro Sula y en San Salvador. Esto parece ser una de las razones principales por las que no

se fomentó en gran escala la trata negrera en Centroamérica (MacLeod 1980:161,374).

3.2 PRESENCIA DE NEGROS FRANCESES EN CENTROAMERICA

Al iniciarse la insurrección negra en Haití durante 1791 (ver supra 2.2), la corona española procuró aprovecharse de tal situación no sólo para conseguir mano de obra, sino que también tropas, ofreciéndoles con tal fin a negros insurrectos de Haití poder ser "súbditos libres del rey", si se pasaban a sus colonias. Fue así como muchos acogieron la invitación y empezaron, bajo un nuevo status, a trabajar y defender los intereses de España en su colonia de Santo Domingo, fronteriza a Haití.

La corona española se sirvió de muchos de estos hombres para reforzar las fuerzas milicianas de distintos centros defensivos en el Caribe. En tal contexto, por lo menos 300 de ellos pasaron al Reino de Guatemala donde prestaron grandes servicios a la corona, venciendo en repetidas ocasiones invasiones de piratas y corsarios ingleses, lo que les mereció a muchos títulos de mariscal, coroneles, comandantes y condecoraciones (AGCA A21, 121, 2279; A25, 301, 6887).

Como producto del desalojo que se logró de los ingleses de las islas de la Bahía (Honduras) y en especial de Roatán, los españoles se aprovecharon también de unos 5,000 negros que los ingleses tenían allí a su servicio, los cuales habían arrebatado a los franceses en distintas islas del Caribe y en especial en la de San Vicente. Con los negros de Haití y los de Roatán es que se revitalizaron, a fines del siglo XVIII, las milicias de Trujillo, San Felipe, Omoa, Suchitepéquez y río San Juan (Nicaragua) (AGCA A21, 1331, 22446; A25, 301, 6867).

Sin embargo, en la medida en que el proceso abolicionista y emancipador haitiano avanzaba, la corona española fue entrando en una gran desconfianza hacia esta población negra residente en el reino de Guatemala, hasta llegar a llamarlos "republicanos" y "personas que vienen de país apestado" (de ideas revolucionarias) (AGCA, A21, 120, 2265). Es más, de la orden terminante de dispersar a todos los negros franceses por las provincias más alejadas del reino de Guatemala, tenerlos bajo riguroso control, no tolerarles discursos sediciosos e imponer severas penas a los españoles que no los denuncien (Palma 1974:57,71).

La medida, en realidad, fue violenta y tuvo entre otros objetivos:

"Evitar los inconvenientes que pueda ocasionar esta nueva gente *con sus opiniones y su conducta*, pues aunque hayan seguido el partido de la razón, es menester al fin tratarlos como a personas que vienen de país apestado, con las cuales ninguna precaución está demás. Y otro el sacar de ellos todas las ventajas posibles. Que las justicias respectivas de los pueblos donde los establezcan estén a la mira de su conducta avisando al superior gobierno lo que observasen digno de ponerlo en su noticia, a cuyo efecto se les dirijan las órdenes con la reserva correspondiente.

Por lo que hace a Omoa (...) que en manera alguna conviene trasladar allí negros que enseñen a los esclavos de su

Majestad el cambio de conseguir su libertad y les hagan acaso repetir la triste escena de Santo Domingo (AGCA, A21, 120, 2265; subrayados son míos).

Igualmente deciden en 1797 liberarse de los negros de Roatán, que nada tenían que ver con el movimiento revolucionario de Haití, devolviéndoselos a los franceses -medida que parecería insólita por constituir una magnífica fuerza de trabajo-, pero éstos no se interesaron pues ya tenían suficientes problemas con la guerra civil que se desarrollaba en todo el territorio haitiano (Palma 1974:31,57). Es lógico comprender el temor de las autoridades coloniales españolas y en tal grado que los llevó a tomar decisiones de tal naturaleza.

Las medidas de dispersión las llevaron a efecto en 1803, cuando los negros haitianos vencían en su país a las fuerzas napoleónicas en todas las líneas, y dichas noticias llegaban al Reino de Guatemala. Proceden, en efecto, a quitarles las armas y a despojarlos de los empleos y rangos militares (AGCA A21, 121, 2279 & 2280).

"Que por ningún término -decía la orden- a los expresados negros auxiliares se les permita el uso de divisas militares, ni los nombres de tan reelevadas circunstancias también militares que hasta ahora habían utilizado".

La corona española no dudo, en esta ocasión, en hacer alguna inversión monetaria para darles machete, hacha y macana y para que tuviesen como construir una vivienda a los negros que aceptaban dejar las armas y volverse agricultores. Sólo se permitió continuar en las milicias a los que hubiesen mostrado buenos sentimientos religiosos y aceptaban ir a regiones bien retiradas -castillo de San Carlos e Inmaculada Concepción en el río San Juan-. Fue así como surgió con los que optaron por la agricultura el pueblo de Mateare (Nicaragua). Sin embargo, y a pesar de haberlos dispersado, el miedo continuo entre las autoridades coloniales y no dudó en tenerlos sujetos a un control riguroso. Los documentos coloniales contienen informes en que se dice de ellos:

"Estas gentes, mientras con más blandura se les habla, con más soberbia contestan".

"Varios no quieren obedecer, dan mal ejemplo a los demás, se reúnen y utilizan malas palabras" (AGCA, A21, 121, 2279; A25, 301, 6876).

Los negros haitianos, ya despojados de sus armas, intentaron hacer uso de las vías pacíficas para que sus derechos no siguiesen siendo ultrajados, y así escriben a las autoridades de la audiencia recordándoles los servicios prestados a la corona y que las condecoraciones y grados militares los habían conseguido en el campo de batalla defendiendo sus intereses, y que su derecho a vivir donde querían se derivaba del hecho de ser personas humanas:

"Porque aunque somos morenos -decía en su escrito- no prescindimos del derecho natural de que toda criatura humana somos heredados" (AGCA, A21, 121, 2279).

Los reclamos y alegatos de los "negros republicanos franceses" fueron en vano. La orden era terminante. La desmovilización y dispersión se llevó a cabo ya sea en forma voluntaria o por medios coercitivos. A pocos se les permitió quedarse residiendo en ciudades españolas (Granada, León). Pero su mensaje en contra de la esclavitud y en pro de la igualdad de todos los hombres, a pesar de todas las medidas por impedir su difusión, llegó a muchos sectores sociales e influyó en buen número de acontecimientos del proceso emancipador centroamericano.

3.3 PROCESO INDEPENDENTISTA Y ABOLICION DE LA ESCLAVITUD

El proceso emancipador centroamericano se inicia a fines de 1811 con las sublevaciones de San Salvador, Granada y León, y la conjura de Belén (Guatemala) en 1813, que fueron expresión de los intereses de las minorías aristocráticas de las provincias en contra del monopolio comercial ejercido por la oligarquía guatemalteca. En todos estos casos, sus dirigentes contaron con el apoyo de las milicias del lugar, fundamentalmente integradas por negros y mulatos (Palma 1974:32). Es más, en la de Granada, donde la sublevación tuvo su mayor expresión, se planteó como una de las reivindicaciones principales la abolición absoluta de la esclavitud negra (Gámez 1976:93). Ciertamente no era una concesión graciosa de la aristocracia granadina. Tal reivindicación, en efecto, era fruto del apoyo decidido a la sublevación por parte de los negros milicianos haitianos del fuerte de San Carlos y negros de Rivas.

La solidaridad de las milicias de otras regiones se hizo patente con los sublevados de Granada, pues sabían las penas que habían sufrido muchos milicianos participantes en la sublevación de San Salvador, condenados a los presidios de San Felipe, Trujillo y Remedios (Petén). Tal fue el caso de Vicente Arnica y Toribio Bustillos, condenados por sublevar a la compañía de granaderos que se preparaba para atacar los insurgentes de Granada; lo mismo aconteció con el Presbítero José Pascual Martínez, capellán de las tropas de Juticalpa por acción semejante (Chinchilla Aguilar 1972:412-414).

Ciertamente los que llevaron a cabo la proclamación de la independencia de Centro América, el 15 de septiembre de 1821, no respondían a los mismos intereses de los que iniciaron el movimiento emancipador; sin embargo, tuvieron muy en cuenta el recuerdo temido del apoyo que habían brindado los milicianos negros y mulatos a las distintas sublevaciones; las cuales los había motivado a anticiparse a declarar la independencia "para prevenir las consecuencias que serían terribles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo" (artículo 1o.)

Y así, aunque el proyecto independentista implicaba que no hubiese cambios en el statu quo imperante, decidieron no pronunciarse contra la situación de la población negra, y por eso les dan cabida a formar parte de los electores que nominarán a los representantes al Congreso:

"Que el número de estos diputados -dice el artículo 4o. del Acta de Independencia- sea en proporción de uno por cada quince mil individuos, sin excluir de la ciudadanía a los originarios de Africa".

Sin embargo, el temor a las milicias negras fue más que manifiesto al proclamarse la independencia. Por ejemplo, el gobernador intendente de Nicaragua ordenó que "sólo deben componerse las milicias nacionales de los cuerpos y compañías urbanas con el nombre de realistas, patriotas y otras semejantes existan" (Palma 1974:33).

Después del fracaso de la unión de Centro América a México -medio por el que creyó la oligarquía guatemalteca garantizar el mantenimiento del statu quo- se organizó la *República Federal* bajo el nombre de *Provincias Unidas del Centro de América* en 1823. La Asamblea Nacional Constituyente, como máxima expresión del nuevo régimen político, buscó cómo institucionalizar por medio de decretos y en especial por la Constitución, los grandes ideales de los movimientos independentistas, entre los que estaba la situación de los negros y mulatos, cuya participación había sido patente en todo el proceso.

Es así como el 24 de abril de 1824 se emitió el *decreto de abolición de la esclavitud*, cuyo contenido, en sus partes medulares, es el siguiente:

"La Asamblea Nacional Constituyente de las Provincias Unidas del Centro de América: Considerando: 1o. Que es una de sus principales obligaciones hacer restituir a la humanidad degradada el justo goce de su libertad e igualdad, aboliendo para siempre desde luego el bárbaro derecho de la esclavitud. 2o. Que es igualmente ofensivo a todos los ciudadanos de las mismas ver agravada la especie de sus iguales en unos hombres que constando de los mismos elementos eran tenidos por las leyes como unas bestias, con manifiesta ofensa de los principios eternos de la razón, de la justicia y de la más sana política.

Desde la publicación de esta ley en cada pueblo, son libres los esclavos de uno y otro sexo, y de cualquier edad que existan en algún punto de los Estados Federados del Centro de América: de aquí en adelante ninguno puede nacer esclavo.

Ninguna persona nacida o connaturalizada en estos Estados puede tener a otra en esclavitud por ningún título; ni traficar dentro o fuera de ellos con esclavos, quedando éstos libres en el primer caso, y en uno y otro perderá el traficante los derechos de ciudadano.

Sè trafica el contenido de las Cédulas u Ordenes del Gobierno Español por las cuales se dispone que se hacen libres los esclavos que de reinos extranjeros pasen a

nuestros Estados por recobrar su libertad; sin perjuicio de lo que se arregla sobre el particular por tratados de Nación a Nación.

Cualquier dueño de esclavos que después de publicada la presente ley en el lugar o pueblo donde residan éstos, les exija algún servicio forzosamente o les impida acudir a la municipalidad más inmediata a obtener el documento de libertad, será procesado y castigado con las penas establecidas para los que atentan contra la libertad individual, y además perderá el derecho de ser indemnizados por la respectiva Provincia del valor de aquel liberto contra quien atentó".

A MODO DE CONCLUSION

La Revolución Francesa desencadenó transformaciones estructurales de muy diversa índole no sólo para su país, sino para todos los pueblos del mundo.

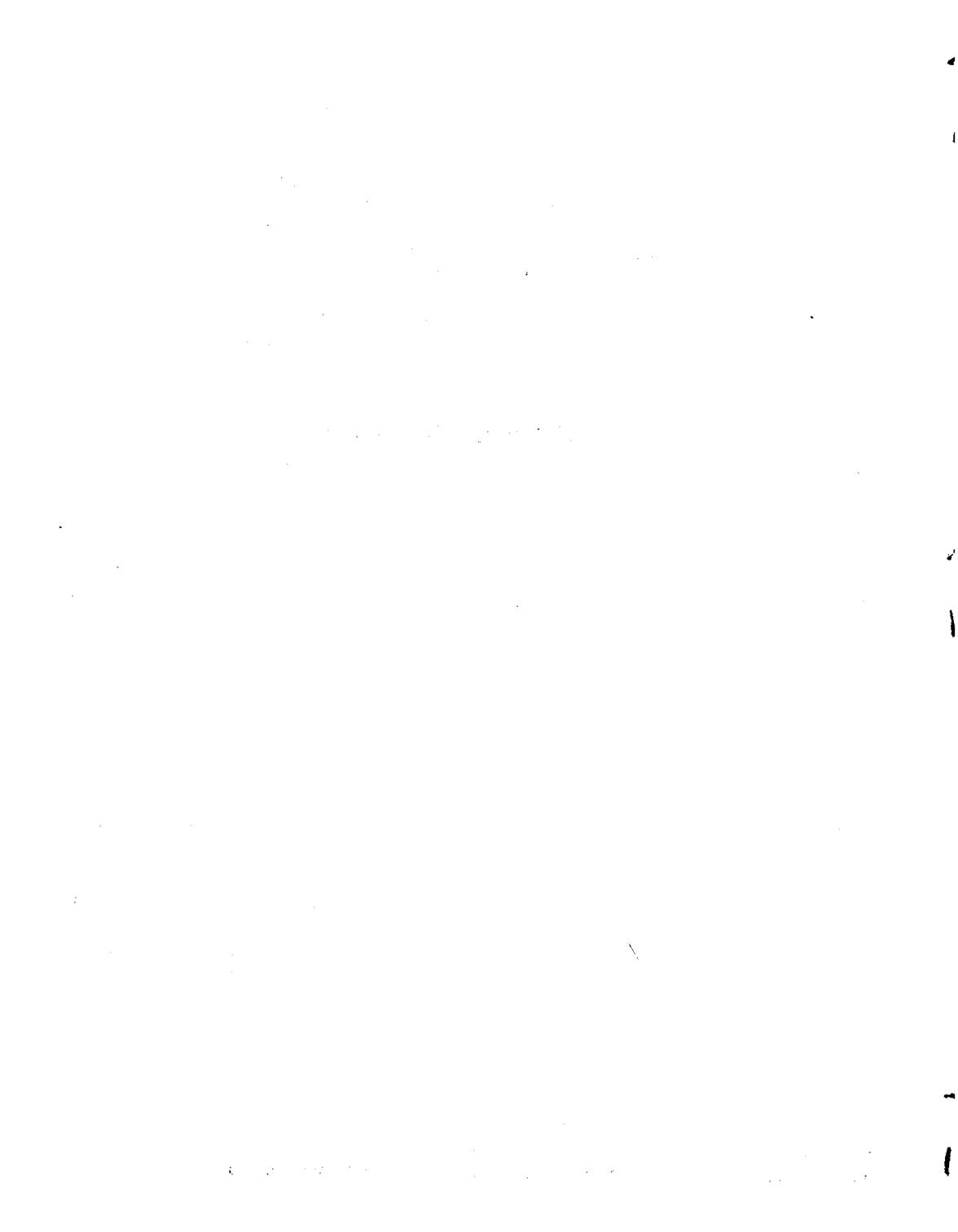
En lo que respecta a Centro América, las proyecciones de la Revolución Francesa han sido estudiadas, hasta nuestros días, más en lo referente a su influencia filosófica y postulados políticos, que a acontecimientos que hayan influido directamente en el proceso emancipador.

Este trabajo ha analizado un suceso, enmarcado directamente en el proceso revolucionario francés, que contribuyó a caracterizar el proceso independentista centroamericano. Hemos mostrado, en efecto, como la abolición de la esclavitud en las colonias francesas se enmarcó en el conjunto de logros que el pueblo trabajador (siervos blancos y esclavos negros) se forjó en el desarrollo del proceso revolucionario. Explicamos asimismo que fueron negros haitianos, que habían luchado por su libertad, los primeros en dar a conocer a algunos sectores populares, en especial a integrantes de las milicias, de distintas regiones de Centro América -Granada, León, Chiquimula, Suchitepéquez- las luchas por la libertad que se desarrollaban en Francia por el pueblo pobre (sansculottes) y en Haití por la población negra y mulata. Quedo claro también en el trabajo que fueron los negros haitianos "republicanos" los mejores difusores en Centro América del mensaje de los Derechos del Hombre entre los sectores populares.

En Centro América, las autoridades coloniales temieron a esta población negra "republicana" más que a los libros de los ideólogos de la Revolución Francesa. Ciertamente a los poseedores de dichos libros se les tuvo bajo control y hasta algunos fueron encarcelados; pero las acciones para controlar a los negros fueron en mayor número y de más amplias dimensiones, en grado tal que los obligaron a vivir confinados, lejos de las zonas de poder político y económico, y sujetos a estrictos controles.

El proceso independentista de Centro América, a pesar de haber sido, en líneas generales, expresión de intereses de minorías dominantes, supo recoger algunos de los postulados de los Derechos del Hombre proclamados por la Revolución Francesa. El Acta de Independencia, en efecto, reconoce a la población de color el derecho a participar en los eventos eleccionarios; y la Asamblea Nacional Constituyente decreta la abolición de la esclavitud.

Así se inició en Centro América una nueva etapa en el proceso de construcción de una sociedad que no sólo proclame los Derechos del Hombre, sino que los haga realidad.



BIBLIOGRAFIA

Césaire, Aimé

1967 **TOUSSAINT LOUVERTURE. LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PROBLEMA COLONIAL.** La Habana: Instituto del Libro.

Cortés y Larraz, Pedro

1958 **DESCRIPCION GEOGRAFICO MORAL DE LA DIOCESIS DE GUATEMALA.** Guatemala: Sociedad, Geografía e Historia de Guatemala.

Chinchilla Aguilar, Ernesto

1977 **LA VIDA MODERNA EN CENTROAMERICA.** Guatemala: Ministerio de Educación.

Deborin

1981 "La Independencia de Estados Unidos". **EL PROCESO INDEPENDENTISTA EN AMERICA LATINA Y ESTADOS UNIDOS.** Cuba: Pueblo y Educación.

Dynnik, M. y otros

1962 **HISTORIA DE LA FILOSOFIA.** México: Grijalbo.

Gage, Thomas

1987 **VIAJES POR LA NUEVA ESPAÑA Y GUATEMALA.** Madrid: Historia 16.

Gámez, José Dolores

1976 "Reminiscencias Históricas de la tierra centroamericana". **REVISTA CONSERVADORA** No. 153. Managua.

García Peláez, Francisco de Paula

1971 **MEMORIAS PARA LA HISTORIA DEL ANTIGUO REINO DE GUATEMALA.** Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

Grigulévich, José

1984 **LA IGLESIA CATOLICA Y EL MOVIMIENTO DE LIBERACION EN AMERICA LATINA.** Moscú: Editorial Progreso.

Hampson, Norman

1963 **HISTORIA SOCIAL DE LA REVOLUCION FRANCESA.** Madrid: Alianza Editorial.

Lefebvre, Georges

1973 **LA REVOLUCION FRANCESA Y EL IMPERIO (1787-1815)** México: FCE.

Langellé, Maurice

1971 **LA ESCLAVITUD,** Barcelona: OIKO.

MacLeod, Murdo

1980 **HISTORIA SOCIOECONOMICA DE LA AMERICA CENTRAL ESPAÑOLA.** Guatemala: Editorial Piedra Santa.

Martínez Peláez, Severo

1979 **LA PATRIA DEL CRIOLLO.** San José: EDUCA.

Marx, Karl

1971 **EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE.** Barcelona: Ariel.

Otero de Navascués, Julio

1951 **TACTICA DE LAS REVOLUCIONES. LA GIRÒNDA AL ASALTO AL PODER.** Madrid: Aguirre.

Palma, Danilo

1974 **EL NEGRO EN LAS RELACIONES ETNICAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX EN GUATEMALA.** Guatemala: Historia- USAC.

Postgate, R.

1962 **REVOLUTION FROM 1789 TO 1906.** New York: Harper.

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE CENTRO AMERICA

A137, 2037, 14110

1794 Carta reservada dirigida al presidente de la audiencia por el duque de Alcuía recomendando vigilancia cuidadosa en el asunto de los prisioneros franceses que serán enviados a Honduras.

A31, 1331, 22446

1796 Lista del pago ejecutado a los oficiales franceses (de color) trasladados de la isla de Santo Domingo a la ciudad de Guatemala, de donde fueron destinados, unos a Trujillo y otros a la alcaldía de Suchitepéquez.

A25, 301, 6866

1796 Oficio dirigido al Comandante del Puerto de Trujillo, indicándole que de las familias de gente de color que dejaron los ingleses en la isla de Roatán con procedencia de una colonia francesa, se proceda al traslado de algunas al castillo del Golfo, eligiendo a los que puedan dedicarse a la agricultura y el servicio de las armas, sirviendo en las baterías del río Motagua.

A25, 301, 6867

1797 Minuta de un oficio dirigido a don Francisco Salablanca, indicándole que en la Junta de Guerra celebrada el 12 de enero, se acordó que de los morenos franceses que los ingleses dejaron abandonados en la isla de Roatán, sean trasladadas cien familias a Omoa a más de las conducidas al castillo de San Felipe del Golfo.

A25, 300, 6775

1797 Sobre que se proceda a la organización de las milicias de infanterías, gente de color, llegada con procedencia de la isla de Santo Domingo.

A25, 300, 6775

1797 El castellano de Granada acusa recibo del informe acerca del traslado de las milicias de color, llegadas con procedencia de Santo Domingo.

A31, 1331, 22446

1797 Comprobante del pago de los haberes devengados por el Brigadier Gilé y por el coronel Desombrac, miembros de las milicias de color trasladados de

la isla de Santo Domingo y con destino a servir en la alcaldía de Suchitepéquez.

A25, 100, 1981

1798

Lista de oficiales y soldados de la tropa francesa y auxiliar de la española de Santo Domingo.

A25, 301, 6868

1758

Que en cumplimiento a la real orden de 28 de noviembre, los negros republicanos franceses dejados en Roatán por los ingleses, sean reexpedidos a la posesión francesa más próxima, se ordena al comandante de Trujillo.

A21, 126, 2319

1800

Cuenta general de lo gastado en las tropas de negros llegadas a Honduras.

A21, 121, 2282

1803

Correspondencia recibida de las autoridades de Honduras, acerca del alojamiento de los negros haitianos traídos de aquella región.

A21, 121, 2280

1803

Acerca de que los negros haitianos sean destinados a la guarnición del fuerte de San Carlos.

A21, 121, 2279

1803

Razón de los negros haitianos y dominicanos que no desean ser trasladados a Mateare.

A25, 301, 6876

1804

Juan Santiago, residente en Granada, mariscal de las milicias de morenos franceses, informa al capitán general que varios milicianos no querían dar cumplimiento a la orden de irse a establecer en el castillo del río San Juan.

A25, 301, 6877

1804

Don José Salvador, gobernador intendente de Nicaragua informa al capitán general haber recibido la orden contraída a que los milicianos morenos franceses que así lo quisieran podían trasladarse a servir en el castillo de San Juan.

A25, 301, 6879

1804

Minuta del oficio dirigido por el capitán general al Gobernador Intendente de Nicaragua, pidiéndole informe sobre el avance de la obra de las casas destinadas a los milicianos morenos franceses, residentes en Mateare.

A25, 301, 6880

1804

Informando al Contador de Cuentas que por real orden de 6 de agosto de 1803 S.M. aprobó el proyecto de que a los negros franceses llamados tropas auxiliares de Santo Domingo, trasladados a Trujillo en 1796, se les repartan tierras y se les disperse en las provincias internas sobre todo en Mateare, entre León y Granada. A estos mismos negros se les daría a sueldo durante seis meses, en tanto se fincan definitivamente.

A25, 301, 6881

1804

Minuta del oficio dirigido por el Capitán General al Gobernador Intendente de Nicaragua, comunicándole que a los milicianos morenos franceses establecidos en Mateare se les dé su prest para que hagan construir sus casas y se dediquen a la agricultura.

A25, 301, 6882

1804

Miguel Claudio y Juan José Logra, a nombre de los demás milicianos morenos franceses de servicio en la ciudad de Granada, Nicaragua, presentan el detalle de los sueldos que se les adeudaban.

A25, 301, 6883

1804

Don Cayetano Anzoátegui, Brigadier de los reales ejércitos y comandantes de las armas del cuartel de Granada, Nicaragua, concede pasaporte a los negros auxiliares de Santo Domingo, Miguel Claudio, Juan José Logra, Luis Beyanin, Juan Bernardo Artes, Francisco Lloret, Abastacio Gualiet para que pasaran a la ciudad de Guatemala a gestionar el pago de sus sueldos.

A25, 301, 6884

1804

Agustín Azor moreno de las milicias francesas, residente en León, pide no se le obligue a pasar al Castillo de San Juan.

A25, 301, 6885

1804

Juan Luis Santillán, capitán de artillería de las milicias de morenos franceses, trasladados de Santo Domingo y residente en la ciudad de Granada, Nicaragua, por sus servicios en la guerra contra los franceses y luego contra

los ingleses, pide se le mejore su sueldo.

A25, 301, 6886

1804

El gobernador intendente de Nicaragua informa al capitán general haber recibido el oficio por el cual se le ordenó informara cuál era el estado de la población de Mateare, lugar a donde habían sido trasladados los morenos milicianos franceses.

A25, 301, 6888

1804

El Gobernador Intendente de Nicaragua acusa recibo del oficio por el cual el capitán general le ordenó procediera a organizar e incorporar a la compañía fija de la guarnición del castillo de San Juan, tomando de los milicianos franceses trasladados de la isla de Santo Domingo.